

***El logos
dis
(co) lo
ca do***

Pablo Galindo Arlés

PRÓLOGO PARA CREYENTES

Al bucear en el origen de las palabras de una lengua el lingüista debe tener siempre ante la vista simultáneamente dos series paralelas de fenómenos: la primera es la que forman los cambios fonéticos que afectan a la forma sonora o material de los vocablos; la segunda está constituida por el tejido de las asociaciones semánticas que provocan los cambios de significación de unos vocablos transformados en otros portadores de ideas distintas. De ambas series paralelas la más fiable y controlable desde una perspectiva estrictamente científica es siempre la cadena fonética dado que los sonidos del lenguaje, resultado de la fisiología humana, comparten sus leyes con la objetiva acústica física. Las leyes fonéticas nos permiten así descartar ciertas soluciones falsas, orientarnos con su brújula en la búsqueda etimológica reduciendo los casos manifiestamente improbables. Como es lógico la sonorización de un fonema /t/ en /d/ o el ensordecimiento inverso es una explicación filológica mucho más razonable que su paso insólito a una consonante velar o nasal que exigiría como apoyo sólidos argumentos específicos de naturaleza psicológica, social o histórica. Pero bastante más compleja que la evolución interna de unos sonidos para cambiar la forma material de una palabra es la relación semántica que atrae a ciertos vocablos hacia contenidos distintos de los que poseían en su origen. Aquí la mente de los hablantes realiza saltos metafóricos que abren nuevas posibilidades en sentidos diversos. ¿Cómo hallar la pista correcta siguiendo las huellas de pisadas aparentes que se bifurcan en diferentes caminos? Ciertamente la facultad de la imaginación puede servirnos de ayuda para la investigación etimológica o, contrariamente, hacernos deslizar en errores surgidos de la atrevida fantasía del lingüista como una paloma blanca brotando del guante no menos albo de un hábil prestidigitador. Muchas palabras nos llevan por *sendas* trilladas en un único *sentido* hacia el oscuro abismo virginal del que brotan todas las menudas raíces verbales. Pero en otras ocasiones el camino se estrecha o se bifurca y surgen así las trifulcas entre los rastreadores de las arcas perdidas. La verdad – no es oro todo lo que reluce - debe resignarse a la mera *verosimilitud* o apariencia de verdad. Vamos a estudiar aquí, en este pequeño rastrillo del idioma, algunos cuantos ejemplos de etimologías con

riesgo de resbalar o tropezar en la magia poética del lenguaje o en la capacidad sugerente y evocadora de los nombres. ¿Existe quizás algún otro medio de aprender a caminar derecho que darse coscorriones en la *muelle* mollera y caer con gracia (o con desgracia) en el duro pavimento? Algunas de las cosas expuestas son saber asentado entre la comunidad de filólogos; otras son el fruto de batir o agitar las voces entradas en los diccionarios al uso más frecuentados arrojándome desnudo a la piscina sin el flotador de la autoridad. Aquí, sin el *puño* cerrado ni el *puñal* bajo la toga, manifiesto con la *mano* tendida a todos los humildes amantes de las palabras - ¡menos *pugnas* épicas, más hípica deportiva! - algunas cuantas hipótesis joviales sin la pretensión de hacer una tesis académica ni quitar a nadie el hipo con la risa o alguna sorpresa paralizante. Convinciente algunas veces, descabellado en otras, juzgue cada cual por el peso mismo de las razones aducidas sin pensar en quien las dice.

Advertir finalmente que en algunas pocas ocasiones (¡mea culpa!) caigo en la tentación loca de adjuntar “a sabiendas” voces *decorativas* cuyo único pariente común es Adán o Noé, y ello solamente por el mero placer literario de jugar con la plastilina de los nombres aplastando su masa para moldearla en formas caprichosas. La cabra tira para el monte y los más reputados poetas ilustrados no son ajenos al moratinesco “*Arte de las putas*”. A veces la agilidad verbal de las voces conduce a la fragilidad conceptual de las ideas. Vistas en lontananza la raíz de los nombres no se vislumbra apenas si el punto percibido en la lejanía es un rebaño de ovejas o acaso un ejército de elefantes. Cuando los lingüistas no saben qué decir a ciencia cierta atraviesan sin jurisdicción alguna el río Grande o el Rubicón del Indo para buscar entre las aguas heladas del mítico indoeuropeo – territorio sin otra ley que la libre fantasía libidinosa del inconsciente – la explicación plausible de lo que seguramente (¿a Dios gracias?) permanecerá siempre velado en la noche oscura que sigue a la primera aurora.

NOTAS SOBRE **EL METODO ETIMOLOGICO**

Desde la filosofía griega los hombres han especulado acerca del origen del lenguaje. En el diálogo platónico que tiene como protagonista a Cratilo centra Sócrates el problema en el punto clave: el lenguaje ¿es natural o convencional? O dicho de otro modo: el hombre crea las palabras como signos arbitrarios para designar a las cosas nombradas o bien entre el signo y la cosa significada existe una relación causada por la misma naturaleza de la cosa. Así planteada la cuestión nos sitúa desde la entrada en un terreno falso, movedizo, inseguro o inestable. Evidentemente el sonido de la flauta es similar al viento en tanto que naturaleza pero también es distinto en cuanto esa naturaleza física se organiza o estructura en una melodía musical que no existe previamente a la creación del hombre. Si el arco tenso del violín tiende a emocionar con su flecha sonora al corazón, los vocablos apuntan igualmente a un sentido que los transforma en algo más que un *flatus vocis*, un soplo de la voz. El lenguaje natural en estado puro sería aquel que surge solamente como una reacción animal espontánea de los órganos fonadores. Un ejemplo es el grito que expresa el dolor causado por una espina. Pero sucede que *dove se grida non c'è vera scienza* porque tampoco hay verdadero lenguaje. Como en la poesía llamada “pura” que se ha deshecho previamente del metro, de la cadencia armónica, de la rima y de las ideas, solo nos queda la “poesía pura”... si es que queda algo todavía.

El grito o los gruñidos nos igualan o asemejan con los osos que viven en las grutas y las cornejas que graznan en los árboles. Ahora bien, un bisonte pintado no es un bisonte real pero es algo más que un mero bostezo de hambre. Es ya un signo del hambre. Expresa el deseo de cazar artísticamente al animal deseado mediante el acto religioso de la pintura mural. El grito reproducido fuera de la situación que lo engendra, el grito que imita al dolor experimentado, no es ya una mera onomatopeya como el hambre de don Pablos en el Buscón no es una verdadera hambre porque no se come jamás la *hache* ortográfica. El bisonte pintado es un juego

tomado en serio, una obra de arte; el grito imitado a destiempo es ya un lenguaje artificial, la cuna de la civilización. O sea, la naturaleza se ha transformado en cultura. Entre la naturaleza física y el hombre se interpone la cultura humana como una suela de bota o el caucho de la rueda que separa la planta del pie de la planta arraigada en la tierra.

Todos los hombres tenemos físicamente una sola lengua, pero hablamos muchas lenguas diversas con esa única lengua fisiológica. El hombre primitivo es un hombre limitado que vive casi a ras de la tierra. Sus palabras son poco más que gestos expresivos, embriones de vocabulario, semillas o raíces de las que brotarán como flores magnas del pensamiento la *Metafísica* de Aristóteles o la *Crítica de la Razón pura* de Kant. Un filósofo petulante nunca aceptará que la razón (*ratio*) no es otra cosa que la cuenta de las razones mediante piedras o cálculos consecuentes como los mojones de una carretera en forma de silogismo.

Volvamos a la pregunta que se hacía Platón a través de la boca de su maestro Sócrates: ¿es natural el lenguaje? Estamos aquí frente al mismo problema del origen del poder. Evidentemente el “pacto social” no es un hecho histórico que pueda documentarse o intuirse en un lejano pasado prehistórico. Los hombres primitivos no se reúnen para elegir al más dotado porque el más dotado tiene por sí mismo las dotes necesarias para hacerse respetar por quienes no tienen tales atributos para mandar. Son los reyes los que regentan las naciones y forman los reinos pero son los nacidos en el reino quienes pueden destronar luego a los reyes y transformarse en una república de ciudadanos que elige a sus rectores. En el lenguaje sucede lo mismo. Los hombres no votan en una convención para llamar pan al pan y vino al vino. El miembro más inteligente del clan puede “aullar” imitando al lobo y los demás aullar solamente cuando les duelen las heridas hechas por el hombre-lobo. Un tal Gregorio crea o recrea un signo, una liturgia, un canto gregoriano que los demás adoptan gregariamente. Ahora bien, llamar “aspirina Bayer” a un calmante contra el dolor aspira a una interpretación más larga y compleja, una explicación histórica y cultural que nos conduce hasta un laboratorio de Bavaria. El origen natural del lenguaje queda reducido a un repertorio muy limitado de acciones y objetos de la naturaleza. Las raíces crecen, se enmarañan, se confunden, se difunden y se trasplantan o injertan en otros seres vivos hasta el extremo de que muchas veces el río no se reconoce ya en la desembocadura ni se hallan las fuentes del Nilo.

REGLAS PARA DIRIGIR EL ENTENDIMIENTO **EN LA BUSQUEDA DE ETIMOLOGÍAS**

- 1) **Toda voz nueva en la lengua tiene como su origen otra anterior** (*manipular* es posterior a *mano*)
- 2) **Dentro de una misma familia se debe buscar la raíz o el núcleo radical sobre los que se insertan nuevos sentidos o matices derivados** (de /pend-/ se cuelgan vocablos como *pendón* o *pendiente* y de /pond-/ *ponderar* o el nombre inglés de la libra, medida de peso)
- 3) **Hallada una raíz se debe cotejar con las otras raíces más cercanas** (/pend-/ o /pond-/ son próximas a /pont-/)
- 4) **Se deben estudiar sólo aquellas cuyas diferencias son explicables según las leyes fonéticas** (la sonorización de una dental /t/ en /d/ es absolutamente normal)
- 5) **Generalmente la mayoría de las consonantes de las raíces suelen ser más estables o menos variables que las vocales** (en la pareja *pend/pont* se conserva la /p/ y la /n/ según un modelo **p'nt**)
- 6) **Cumplido el requisito fonético previo asociamos con preferencia las raíces que pueden entrar dentro de un mismo campo semántico común** (un puente (<*pont*) “colgante” o “levadizo” se puede relacionar con “*pender*” y “*pender*” con pesar o *ponderar* en la balanza)
- 7) **Las cosas concretas de la naturaleza preceden a las cosas abstractas o artificiales creadas por la cultura en la historia** (“*crepitu*” o ruido es anterior a “*cripta*” y a “*scriptura*” igual que la

cuerda de *lino* es primero que la *línea* marcada)

- 8) **Los barbarismos o voces extranjeras al latín se asimilan mejor cuando en las lenguas romances se encuentran ya palabras con sonidos parecidos o significados cercanos** (el vocablo neerlandés “*dique*” puede haber sido reforzado por los diez (*deca*) dígitos que de modo natural sirven para taponar las heridas abiertas o contener la pérdida de un líquido en un tubo o jarra rota)

- 9) **Una pequeña desviación del sentido en la raíz inicial se agranda al desarrollarse en las ramas divergentes** (el ombligo o “*umbilicus*” es una hueco en el centro del vientre, abollado (*umbo*) y abombado como un escudo, el cual puede servir como sombrilla (*umbrella*) del mismo modo que el *umbral* o agujero de la puerta nos protege de la solada diurna con la *umbra* o sombra).

- 10) **A medida que retrocedemos en el origen de las voces sin documentación escrita la oscuridad aumenta y solamente la panacea de las onomatopeyas naturales, el recurso a la triaca del indoeuropeo o bien los datos aportados por la arqueología pueden alumbrarnos un poco** (“*barro*” se tiene como voz prerromana mientras que “*barrio*” se hace derivar del árabe “*barr*”, las afueras de la ciudad. Teniendo en cuenta que las primeras ciudades nacen en Mesopotamia – islamizada siglos después – se puede entender una distinción entre las casas de adobe o barro cocido de la ciudad y el barro o fango del arrabal. Aun hoy los barrios periféricos suelen no estar asfaltados)

LUNES

LUNA

LUNAR

LUNATICO

La criptonita de Superman

El *Krypton* es un gas noble que da un espectro de líneas entre verdoso (como las chispas de luz de los cocuyos o las luciérnagas) y rojo anaranjado (como las llamas de una hoguera roja y gualda extinguiendo su hogareño fuego en el *crepúsculo* de los dioses de trapo). Su nombre es voz griega, como Zoé o Heráclito, y significa “oscuro”. Del mismo palo de tal baraja son algunas astillas como “*cripta*” o “*críptico*”, usadas tanto en la vetusta Castilla como en la novísima o en las perdidas Antillas. Ahora bien, para el profano en letras toda “*scriptura*” o cualquier “*inscripción*” sobre la pared mohosa de alguna “*cripta*” es también un amasijo de extraños símbolos mágicos e indescifrables, nigrománticos garabatos llenos de misterio igual que los *arcanos* ocultos en el *arca* encerrada dentro de un *archivo* y cuyo oscuro secreto, íntimo y último, se confía a la custodia de los - casi siempre - fieles secretarios tan deshonorados en mala hora por Antoñito Pérez. Desde el primitivo Arco iris celestial tras el terrible y catastrófico *Diluviaz*o – icono o pictograma del primer contrato del hombre con el Amo – hasta las *Tablas de la ley* incisas en la roca pétrea ante el notario Moisés, la *Sancta Scriptura* ha sido cosa para uso y disfrute de los celosos escribas o hermeneutas iniciados en los misterios de las religiones esotéricas.

Tras varios miles de años usando y abusando de la escritura en libros, rollos, pagarés o papiros, la historia de las artes gráficas ha hecho prevalecer apenas solamente dos colores esenciales para pintar las ruletas de casino y la carne de las letras. Uno es el rojo o bermellón, para cuya obtención basta con pincharse el dedo propio o, cosa preferible, usar la sangre vertida por uno o dos cabritos. El mismo Yahvé empleó el lápiz colorado de los censores para marcar con dicha señal cromática la puerta de los hebreos escogidos y salvarlos así de lo que no pudo (o no quiso) salvarlos más tarde durante la locura racista del Faraón tudesco. Y siguiendo su estela los monjes beatos, desde el Miño a Río Tinto o Compostela, realizaron con minio sus hermosas y delicadas miniaturas diminutas. Otro color es el negro, favorito de árbitros, curas, viejos topes cegatones y desconsoladas mujeres enlutadas. Casi siempre los palotes de

las letras - “*minúsculas hormigas*”, dirá el escolar y aún escolástico Luis Vives – serán pintadas del color sucio de la tinta china que separa con su mancha de Manchuria a los tontos iletrados del “*tonto el que lo lea*”. Podemos preguntarnos con falsa ingenuidad el motivo de que sea el color negro el más usado por los escritores y todos los dibujantes a carboncillo. Antes de que el hombre lograra meter el grafito en un palo de madera para hacer *grafittis* con sus lápices en las piedras o lápidas de las cavernas ¿qué instrumento manual, si exceptuamos las dos manos, se utilizaba para ensuciar con hollín las paredes de las grutas dejando impresa la huella de tanto talento dilapidado fumando cajetillas de “bisontes”? Cuando se apagaba la luz de la fogata que iluminaba la boca de lobo de las cuevas ancestrales (mucho antes de inventarse las motos y los mitos platónicos) quedaban en la tierra desparramadas las frágiles ramitas quemadas, carbonizadas, primitivos lapiceros pueriles para tizar las rocas rugosas con los sueños maquillados del novel artista. En latín “*crepitu*” es “ruido” y *crepitar* es el chasquido que hacen las ramas en el fuego. Como es previsible, al caminar a ciegas en el interior de una cueva (o **cripta**) se pisan las ramillas carbonizadas que se rompen con estrépito de alas de murciélago - ¡*crep-crep!* - dando el material fónico a una voz onomatopéyica, el *crepitu* o ruido. Y el resto o residuo de la ignición en la residencia de nuestros tatarabuelos es (casi) evidente: de “*crep(i)tu*” derivan vocablos como **cripta**, **encriptar**, **scriptura**, **descripción** y, ¡quién sabe!, hasta incluso el mismo *crepúsculo* que al hacerse noche cerrada nos oculta detrás del horizonte el enorme brasero del sol tiñendo de rojo sangriento las nubes en el cielo. Y entonces el cavernícola, a ciegas como un Polifemo des-ojado, pierde la confianza en el poder de la visión igual que *Superman* pierde, según el guión, sus poderes con la criptonita.

La pereza del caracol

Una sucesión sobradamente conocida de cambios fonéticos a través de la historia lleva al vocablo latino “*pigritia*” a transformarse en la voz castellana “*pereza*”. En la lengua de Toscana, más conservadora o perezosa para las innovaciones léxicas en tanto que más cercana y *apegada* geográficamente a las raíces de la bucólica lengua de Virgilio, se conserva viva en el formol del vocabulario una forma más próxima al original clásico. Un vago gondolero veneciano, mucho más feliz cantando al *sole mio* que dando palos en el agua, merece ser llamado en la lengua de Dante un “*pigro*”. En latín “*piger*” tiene propiamente el sentido de “*lento*” cuya traslación de significado a la nueva acepción de “*perezoso*” resulta fácilmente comprensible sin demasiada actividad mental. Quien tiene arraigado el vicio de la pereza camina vencido, con desgana indolente, cargado con pesadas cadenas de hierro. Y ahora es necesario que nos sacudamos la pereza para despegar de la tierra y volar alto elevándonos con las dos alas motores de la imaginación. ¿De donde procede la raíz /*pig-*/ del vocablo *pigritia*? Una raíz verbal próxima es la del verbo “*picare*” cuyo significado es “*embadurnar con pez*”. Ahora bien, la pez (<*pix, picis*) es una sustancia negruzca viscosa y sumamente “*pegajosa*”. En muchas películas del oeste hemos visto alguna vez la broma pesada de introducir a un desdichado en un tonel de pez y adornar con plumas de ganso al pobrecillo así *calafateado*. Del verbo “*picare*” viene “*pegar*” con el sentido de “*juntar, adherir o arrimar de manera íntima*”. Y así como se *pegan* los sellos o se nos *pega empecinadamente* un papel encolado en la suela del zapato, del mismo modo dos furiosos contrincantes se *pegan* hasta que transeúntes bien intencionados los *despegan* llevando a cada púgil a un rincón opuesto del cuadrilátero.

El caracol o la babosa – bichejos *pigri* o perezosos donde los haya – poseen una sustancia viscosa que los *pega* con su pegamento al suelo o al muro de la casa rural. Claro está que la prima hermana del caracol, doña Tortuga (tan conchuda como lenta) podría decir justamente lo mismo que el poeta griego Arquiloco, el cual se vanagloriaba de huir más rápido en la batalla contra el enemigo habiendo antes arrojado el escudo.

¡Agua para todos!

*Adivina, adivinanza ... ¿en qué se parecen el **aguijón** de la avispa, la **aguja** que perfora los **agujeros**, la **agudeza** del ingenioso chistoso y las dos aurículas **aguzadas** del sabueso perdiguero? Tal vez haría falta tener la visión tan penetrante del **águila** o acaso el ímpetu transitivo del viento **aquilón** para comprender bien la razón profunda de que la raíz indoeuropea /**acu-**/ posea esa propiedad de *cutex* atravesando la blanda cutícula de las palabras. ¿No se trasparenta de una forma cristalina como el agua clara ese *agudo* o punzante sentido de “acu-” en la voz latina “**acus**” cuyo sentido es “punta”? Y como cualquier lengua es esencialmente un fenómeno de “*acústica*” (sonidos más o menos chillones según la gravedad) más que la sombra de su nigromántica vestidura ortográfica ¿no tiene también el vocablo “**agua**” esa facultad *acuosa* de filtrarse lentamente como una gotera pertinaz para llegar hasta el *fondo*, a la misma *fons* o fuente *oculta* y tapada a los ojos del mejor *oculista*? ¿Y no posee el mal de ojo ese maléfico poder de *inocular* la desdicha no dicha en el interior del alma humana? Ciertamente el agua (para todos que somos nosotros) es una de las cosas que más empapa el meollo y las entrañas de los hombres viscerales, capaces de bañarse dos o tres veces en una misma vieja *rivalidad* y a la orilla del río sin quitarse el traje... Pero todo esto no es una cuestión *acuciante* para ser vista a vuela pluma en una revista con letras *aixi com cell* que mira en el cielo de los nombres el vuelo de las *avecillas* y escucha en la radio el *cant del ocells*...*

El logos dislocado

El hombre, si es *cuerdo* de veras, no hace apuestas metafísicas ni le da mucha cuerda a las *corazonadas* travestidas con el disfraz de intuición racional. Y es que al *logos* se lo debe atar siempre muy en corto para que no brinque cual ágil saltimbanqui en el aire y tome altos vuelos – “ *toda ciencia trascendiendo*” – haciendo pie y posada en el santo Sinaí o en los mismos cerros de Úbeda. El loco o *alocado* está lógicamente *descolocado*, fuera de lugar, *ido* o perdido en medio del monte y entre el montón de las mentiras alucinógenas que fabrica a solas la mente locuaz y solipsista del demente. Don Quijote de la Mancha, que tenía al gárrulo Sancho para hablar o callar a sus anchas, es el loco más famoso de toda la literatura universal, y alguna razón velada poco digna de “ *eulogio*” debe existir para que nadie, ni siquiera el batallón de los más conspicuos erasmistas, conozcan el *locus* natal exacto de tan insigne orate...

Y aunque de poetas o de locos todos tengamos un poco, la palma del profeta (o hijo de profeta) no está al alcance de cualquier oreja humana incluida la aurícula de Van Gogh. Nunca sabe el profeta (ni el poeta inspirado) desde dónde le habla el Señor de las palabras. Nuestro Padre omnipresente está en los cielos celado tras su nombre inefable. Quienes son apelados por la vocación no saben nunca *localizar* desde qué cabina telefónica se ha realizado la singular llamada. ¡Tantas voces se confunden con los ecos de tantas antenas repetidoras! Ahora bien, de techo y de tejas para abajo (o sea, en la totalidad del universo lingüístico) toda habla es *local*, ya sea el *blá-bla* del gringo vaquero de Texas o el *bable* de la lechera asturiana. A Jesús – el *logos* en carne viva - los soldados romanos no lo habrían nunca podido *localizar* – señalar con una cruz en el mapa– si no hubiese hablado como todo Cristo en su lengua aramea, un habla *local*. También a Pedro le delata al oído de los inquisidores del Sanedrín su cerrado acento, menos gallego que galileo. El hombre es siempre un *bárbaro* para el hombre que se extraña de que al “ *queso*” se le pueda llamar tan absurdamente “ *fromage*”... o de que al otro lado del valle o de la calle imperen otros dioses distintos a pesar de que el mismo sol sale para todos los hombres. Y puesto que no siendo nosotros dioses ultramundanos debemos siempre hablar desde un concreto “ *punto de vista*”, ese mismo *locus* desde donde se toma la palabra es también un “ *punto de locución*”.

¿No es lógico que la *logorrea* políglota de los *locutorios* – territorio comanche - esté anclada sin remedio en la telefonía fija que desprecian los móviles? Cada *locutor* venezolano de Globovisión es un siervo de la gleba audiovisual en nuestra aldea global. Y hasta el orador parlanchín del Parlamento, luego miento como el concejal incorrupto de Parla, solamente tiene voz (y voto) en la asamblea *local* desde su aposento. Todo *logos* se emite necesariamente desde un *locus* y, si se le adjunta la música bucólica de alguna flauta o zampoña y el canto vocal de algunos pastores de Belén (o de la Roma virgiliana) puede incluso transformarse en un típico *locus amenus*, algo así como una verbal verbena o *pic-nic* campestre en un prado deleitoso con hermosas flores y música de fondo. Aquel traductor latino que entendiese “*locus amenus*” como “*charla agradable*” no andaría demasiado descaminado aunque bebiese el agua en otro arroyo o fuente cristalina. Y la razón de tal peregrina traslación deportiva quede para “*luego*”, en otro *lugar* de la existencia con un poco más de espacio para escribir despacio (¿en un *spa*?) estirando el tiempo fugitivo que no vuelve ni tropieza...

El logos colocado

Cuando algún un hueso de la *mano* se **disloca** no puede ejercer de una *manera* adecuada su función motriz. También las ideas alocadas de ciertos discípulos *díscolos* y sin *amaestrar* por el disco rayado de algún maestro o *contramaestre* del idioma están marginadas y fuera de lugar para cualquier loquero adepto de la *logoterapia*. La razón – alas de pájaro, pies de plomo – debe caminar sustentando la cabeza en los pies para no crear un mundo ideal sin pies ni cabeza. Tal es la lección del maestro Ortega en su crítica al viejo idealismo del maestro Kant. Aunque en el comienzo fuese el **logos** del monólogo del Señor Yahvé y “*luego*” – un *locus* más *longus* en la escala del tiempo largo como una *longaniza* – hable en latín el Verbo encarnado por boca del sucesor de don Pedro – *urbi et orbi* – debe hacerlo siempre sobre el *poso*, el reposo pausado y las posaderas *colocado* en la alta posición de una cátedra *emplazada* en un lugar concreto del tiempo y del espacio. Al moverse o *trasplantarse* los bípedos sin plumas – debemos los ojos de la cara a las *plantas* de los pies – llevamos metida en el bolsillo - *adivina*, *adivinanza* - una señorita endomingada, lenguaraz y dicharachera, “*que siempre va en coche y siempre va mojada*”. El valiente Cortés no se *mutiló*, mordió la lengua ni se quedó tampoco *mudo* o tartamudo cruzando el charco grande y *mutando* de patria para hablar en la *lengua* dominante de Castilla a sus traductoras “*lenguas*” o truchimanes. Si un neologismo como “**logorrea**” diagnostica la fluidez líquida de una *diarrea* verbal ¿no es sumamente apetecible – agua en boca – asociar con una sogá el verbo “**lingo**” - chupar o lamer – y el **logos** o palabra ensalivada de la *lingua*? Se dirá que una voz es griega y la otra latina, pero ambas lenguas fraternas brotan de un tronco común indoeuropeo más antiguo y es evidente que el radical /*l*k-*/ no debe evolucionar ni *aflorar* con un desarrollo similar o paralelo. Cada lengua da sus propias flores. Sin embargo, las divergencias entre las voces de las lenguas indoeuropeas son mayores siempre en la copa de la lengua moderna que al hundirnos o sumergirnos – pico, pala, azadón - en la raíz profunda sepultada por los estratos o capas posteriores sedimentados por la historia.

MARTES

MARTE

MARCIAL

MARZO

Amor al primer mordisco

Todos los niños han escuchado alguna vez con miedo postizo la voz gruesa, cavernosa y enfática de su progenitor explicando con una bestial pedagogía literaria las razones de que los dientes de la falsa “abuelita” de Caperucita Roja sean aún mucho mayores que el colmo del colmillo: “*Son ... para comerte mejooorrrr*”. **Morder** es la antesala de la **muerte**. En los tiempos lejanos de doña María Castaña - hija de Eva - la muerte natural no debía ser tan “*natural*”. Posiblemente un eficaz *castañazo* del vecino en el cráneo con la quijada de un burro o acaso las dentelladas **mordaces** de alguna feroz alimaña hambrienta fueran las causas más frecuentes de **mortalidad** anticipada entre los que viven de **morder** al prójimo aunque no sean críticos. O quizás los cólicos traperos que suelen dar unos retorcijones que dejan al paciente hecho un guiñapo. Tal vez una manzana podrida (de esas que encierran en el corazón un *gusanote* o culebrilla como las que salen por el ano o *anillo* del culillo) sea la versión teológica de la entrada del mal o enfermedad *mortal* en lo que antes era un paraíso terrenal... Desde el fatal **mordisco** de Eva o de Blancanieves a cualquier melón, *melocotón* o “*manzana*” persa – bruja “**mala**”, más que “**mala**” - o las *morcillas* envenenadas arrojadas en el camino a los perros callejeros para sacarlos de esta vida perra, la **muerte** y las **mordeduras** de algunos embutidos o *víboras* nos hacen *vibrar* temblando de temor y metiéndonos el susto en el cuerpo. Ahora bien ¿no nos hace el miedo *comedidos* – no pasarse de la raya - *mordiendo* la lengua sin manos y evitando enseñar los dientes?

Don Óptimo y don Pésimo

Cuando el hombre se *resigna* a signar la rendición lo hace solamente porque ya no le queda al vencido ninguna otra **opción** posible. Quienes pueden **optar** mantienen siempre el **optimismo**, virtud que consiste en escoger siempre aquello que nos parece **óptimo**. Entre ser colgados de la horca como un villano pendejo o morir con honra en el cadalso bajo el hacha del verdugo encapuchado del rey, el noble hidalgo escoge la mejor muerte o, al menos, la menos mala de todas ellas. O sea, aquella que más satisface su orgullo de casta cubriendo el honor de su linaje con la menor infamia posible del castigo. La mejor de las cartas guardadas en la manga es la posibilidad de descartar en la vida todo aquello que no conviene a la estrategia de nuestro juego. La raíz léxica /**opt-**/ en la voz “**optimista**” es pariente de “**ops**”, cuyo sentido es “*ayuda o poder*” y que nos da - ¡mucho ojo! - la voz “**óptica**”. En definitiva: *considerar* o tener ante los ojos de la vista – **oftalmos**, en griego - el ángulo o abanico abierto de las *opciones* visibles. Y poder **optar** con libertad digital – concedo que a dedo - entre dos cosas (o más) ya es una prueba de la **opulencia** divina que nos ofrecen las *stock options* de los que *optimizan* las decisiones en el mercado.

Y si el hombre *optimista* escoge siempre la mejor *opción* disponible a la vista, el **pesimista** – su antípoda - rueda cabizbajo por la **pendiente** abajo cargado con todo el **peso** y la **pesadumbre** (¡qué *pesadilla!*) de obedecer forzosamente a la ley de la *gravedad*.

A buenas horas, mangas verdes

Verde, verderol ... “endulza la puesta del sol”. El crepúsculo – ocaso de la vida – es acaso también el preámbulo de una nueva andadura *cara al sol* de todos los descamisados hijos de Evita, tanto de los *mejillones* que ofrecen al prójimo violento la otra mejilla como de aquellos otros que, menos tibios o más troyanos, prefieren romper al enemigo la cara, una tibia y hasta los dos *peronés*... Tras la noche oscura, ya amanece y toda *verdura* de las eras otra vez se recuece... El *verde* esmeralda es el color de la esperanza. En épocas de crisis – tiempos recios con fuertes altibajos de precios - los mayores responsables de la economía mundial atisban desde sus atalayas el horizonte de los índices bursátiles para ver surgir en el mercado algunos signos leves de recuperación, tímidos “*brotos verdes*”, como le acontece al viejo olmo del alma senil y tierna del poeta aureolado, solterón y casado en su madurez– “*verde que te quiero verde*”, dirá un *paisa*- con una menor de edad. También a otro anciano – el rey David, emparentado con el hijo de Dios- sus consejeros áulicos le sirven en bandeja de plata a la jovencísima sulamita para hacer *reverdecer* las glorias pasadas y el recuerdo de la bañista Betsabé ... ¡A buenas horas, mangas verdes! La *verga* del anciano hebreo – un viejito *verde* como el putaño personaje de las putas de don Gabriel García Marquez– no tiene ya *vigor* suficiente para *desvirgar* como naturaleza manda a la *virgen* oriental.

La voz “*verde*” es la flor castellana de la raíz latina “*viridis*”, de la que nacen igualmente otros pétalos como doña *Virtudes* – modelo de moral victoriana - y la cinematográfica *Viridiana* del moralista Buñuel. La *virtud* es originalmente la fuerza *viril* del hombre, el cual halla siempre un remedio en medio de su ardiente deseo. Y esa misma fuerza que posee la *viga*, tronco o *virga* vigorosa (la residual *vis* cómica de los autores latinos que desconocían el jugo de los tósigos o *virus* modernos) precisa el *verdugo* del rey para azotar con *virulencia* sobre las espaldas del reo la vara o *verga* que hace entrar en la verde *vereda* a todas las ovejas descarriadas por las malas sendas. ¿Y no puede explicarse quizás también el verbo “*virar*” (o sea, “girar, torcer o doblar por fuerza”) como un fruto o verde rama cortada de “*vis*”? Pero afrontemos y enfrentemos tal cuestión dando la cara - *vis* a *vis* – en otra sazón más adecuada para saciar el

instinto libidinoso del mirón *verderolo* que penetra con su apéndice nasal en un territorio virgen. “*Están verdes aún las uvas...*”. Quizás todo ver – lo ***visual*** – exige *forzosamente* un cierto ímpetu *vital* (o ***vis***) y una pupila abierta que se abre dilatada, *asombrada* o *deslumbrada* al mundo como el botón de una flor sentada en el pupitre...

Dar vela en el entierro

Sobre el “*va-i-vén*” de las olas *van* las naves – casi *vuelan* – con las alas blancas de un cisne desplegadas al viento. ¡A toda **vela**! Como decir: “a toda **velocidad**”. El piloto diestro debe saber gobernar con mano firme el timón y encauzar bien la caprichosa *voluntad* (<*volo*) del aire móvil y mutable – manifestación del dios Eolo - que sopla en libertad, como el Espíritu, allá hacia donde quiere o, como la **veleidosa** “*veleta*”, ya sea un *velero* o el banderín de metal en una torre, cambia de rumbo apuntando con el vértice de la proa a cualquier punto de la “rosa de los vientos”. Y, montado sobre el travesaño de una **viga** vigorosa, el **vigía** insomne vela o **vigila** como un búho desde la altura de la cofia o atalaya atisbando una *insula* que salte como una liebre campestre sobre el horizonte marino. A los muertos a bordo por el escorbuto (o alguna otra de las muchas enfermedades propias de la travesía larga de nuestra vida) se les cubre o enmascara la cara con un **velo** mortuorio - un trozo del lienzo o la tela de las **velas** - para tirarlos por la borda. El vivo al bollo y el muerto, tras el **velorio**, al hoyo o, con las llaves y la clave, al fondo del mar, *matarile*, *rile*. También las vírgenes consagradas, al ponerse el *velo*, mueren en vida para la vida mundana del siglo. Todos los **velos** (<*velum*) ocultan o **velan** a la vista el rostro mal encarado de las cosas horrendas y nos **revelan** que existe un misterio profundo detrás del silencio, un enigma insondable que exige ser **desvelado** o **revelado**.

Y ahora vamos a meter la cintura y hasta la cabeza en las *honduras* del Caribe hondureño sin que *naide* o nadie nos haya dado *vela* en aquella tierras para ahogarnos ni mucho menos sogas para ahorcarnos colgados del palo o mástil de la nave. Podemos entender que la *cera* alumbre el nombre del **cirio**; o bien que su *candor* o blanca *candidez* encienda la **candela** del *candil*. Ahora bien, ¿cuál es la razón de que las **velas** blancas de las carabelas de Colón coincidan con el nombre de la “*vela*” o **velón** en las **veladas** nocturnas o en los **velatorios** en donde se **vela** a los muertos pasando el mal trago de la vida con sabrosos dulces hogareños y variedad de pasapalos? ¿Se debe solamente a la casualidad fonética de que “**velar**” se deriva de “**vigilia**”? El **vigía** o **vigilante** suele ser un ave nocturna como los mochuelos que cargan los delitos a los *vigilados* (a la luz del día

todos los pupilos ven claramente que no todos los gatos son pardos ni andan a gatas). ¿Y no serían los **vigías** del barco los primeros hombres en reparar o advertir - ¿hay moros en la costa? - en esas bujías o chispas sobre los mástiles que se conocen por los marineros como el fuego de san Telmo? Al alba las **velas** del **velatorio** - la lamparilla ya no arde - llegan a su *cabo*, doblan el cabo y la *cabeza* y se *acaba*, además de la cantada tarta del feliz cumpleaños, la llama viva de las antorchas soplada por el aire fresco de la brisa matinal. Un año más, un año menos. Apaga la **vela** y vámonos.

¡Qué indignación!

Los carteles nunca “hablan”, pero nos “**dicen**” o “**indican**” muchas cosas *dignas* de oírse y de ser entendidas por todos los que tienen oídos para escuchar y boca para acertar o equivocarse. Y los teólogos avanzados, cuando recorren con el dedo **índice** la lista de obras condenadas por la Curia papal, se sienten aliviados y livianos al no verse incluidos en aquel pesado **Índice** tan *indicador* como **indicativo** de la condición más subjetiva que objetiva de la fidelidad inmutable al dogma y a la fe de la Iglesia católica, apostólica y romana. Quizás en su origen remoto el verbo “decir” (**dicere**) no fuese tanto “yo digo” sino “yo señalo”, el “decir” con los *digitos* o dedos de la mano *dextra*. El lugareño del rincón le “**dice**” al “*guiiri*” o turista extranjero extendiendo como Cristóbal Colón hacia el horizonte su dedo **índice**: “*Por ahí recto...*”. Nada más veraz para explicar con un mito la multiplicación de nombres distintos dados al pan y a los peces por los proletarios desunidos de todo el mundo que situar la confusión babilónica en una obra pública de dimensión faraónica. A falta de inglés o latín, buenos son los carteles con dibujos y flechas o los índices *manuales* para **indicar** la tarea a los obreros ecuatorianos, chinos, suecos, uzbekos o *australopitecos* durante la construcción políglota del canal de Suez (o Panamá) o alguna de las recurrentes *Expos* tan expuestas al fracaso del público como a la crítica envidiosa de los vecinos... Evidentemente el más **indicado** para dar indicaciones a los obreros de tantas lenguas es el *capataz* o más capaz de ser nombrado a dedo como alto **dignatario** por la mano excelsa del Gran *Cap* o *Capitán General* que **dicta** las órdenes. Si el hombre – a decir de Kant - no tiene precio sino “**dignidad**”, es porque el Señor Yahvé – el Gordo de la Lotería navideña - le ha tocado con su mano como bien *indica* la célebre pintura en la Capilla Sixtina. ¿No *indigna* a los demás pueblos la arrogancia de los semitas que se tienen como el “Pueblo elegido” a *dedo* por el Omnipotente Creador de todo el Universo para la salvación de todos los hombres, incluidos los cismáticos o separatistas cristianos?

El monstruo de las galletas

Los “**monstruos**” son unos seres anormales, únicos, singulares en su extraña rareza. El torero genial (“matador” para los *franchutes*) al que se le grita “¡monstruo!” desde el palco o la grada es de veras tan *monstruoso* como el triste jorobado de *Notre Dame* o el danés cargado con la *jorobilla* de ser considerado el precursor del existencialismo cristiano. De la raíz griega “**monos**” - único, solo - surgen tanto la vida **monástica** de los célibes solitarios del *monte* Athos (¿dónde están Portos y Aramis?) como la divertida y cinematográfica familia gringa de los **Monster** en cuyo seno la hermosa sobrina – una *Marilín Monroe* - es el miembro del clan tenido como el “*patito feo*”. ¡Hay que *jorobarse* con los *caprichos* y las *cabriolas* del lenguaje montaraz! Pues si los horrendos **monstruos** – cosa que no hay **demonstrar** – se exhiben al público en los *muestrarios* de los circos y ferias, lo más normal es que la anormalidad se esconda a las miradas curiosas detrás de las celosías del convento o en el fondo de los armarios que guardan celosamente las *monstruosas* deformidades y los nefandos vicios o costumbres sodomitas. ¿Es acaso de veras una idea **mostrenca** cazar a lazo ermitaños solteros y barbudos *monjes* anacoretas dispersos en el *monte* como el ganado o las cuevas **monacales** de los seguidores de un san Antón más jamonero que Pirulero?

Los **montes**, incluidos los *Sacromontes* poblados de *altares* para realizar sacrificios a los dioses del Olimpo, son lugares *altos* que destacan singularmente sobre el fondo del paisaje igual que los **monumentos** en una ciudad que no sea toda ella un monumento. No es difícil advertir o notar – **monitum** – sobre la peana del “**mons**” la solitaria figura señera del **monasterio**. Y es que los **montes**, como los **montones** – tanto *monta*, *monta* tanto - se elevan sobre la baja tierra *sumando* todas las fuerzas telúricas para *asomarse* a la cumbre del cielo, y aún *asombrarse* a su falda, vislumbrando su imponente **monstruosidad** de gigantes o molinos de viento...

Una cucharada sopera

La sopa de marisco – un *caldo* cál(i)do hervido en una *caldera* – es un invento gastronómico de los antiguos poblados marítimos. De ahí que la voz “**cuchara**” sea el resultado de la evolución fonética de la palabra latina “**cochlea**”. Las “conchas” de los moluscos – ya sean mejillones, almejas o *clotxinás* – fueron antes que el *cucharón* de madera los primeros utensilios cóncavos usados para llevarse un líquido cualquiera a los labios de la boca. El vocablo “**suppa**” (sórbase -¡zupp!- con alguna sibilante sonora) designa al pan empapado, *sucado* o mojado. Toda *sopa* que se precie – no sólo de *sopas* de pan vive el hombre - debe contar siempre con algún tropezón náufrago en la balsa del plato. Ahora bien, si la voz “**sopa**” - y esto es un suponer - parece tener puesta o supuesta debajo de su raíz verbal la ulterior prohibición urbana de succionar o sorber el caldo, ¿tiene también el vocablo “**cochlea**” - *cloc-cloc* - una explicación etimológica de naturaleza acústica? Ciertamente las onomatopeyas o sonidos naturales suelen ser muchas veces el milagroso *bálsamo de Fierabrás* que remedia todos los males causados por la crasa ignorancia de los filólogos y la escasez de documentación disponible. Sin embargo, ¿no sorprende que **cascar** las **cáscaras** de huevo - ¡ostris! pueda recordarnos el efecto de caminar sobre las mismas “**cochleas**” acumuladas en una playa tras una opípara degustación de ostras? Quien tenga oídos para oír, oiga el mar dentro de las *caracolas* o bien se haga un implante *coclear* en el caracol auditivo.

Chirlas, almejas y mejillones

Los escasos cristianos que cumplen con la difícil recomendación evangélica de ofrecer al violento la otra “*mejilla*” podrían ser calificados como “*mejillones*”. He aquí dos palabras que pareciendo ser hermanas de sangre no son de veras ni siquiera primas unidas gracias al hambre. Y sin embargo... ¡hay por el mundo sueltas tantas voces espúreas, adoptadas o adaptadas, que desconocen su verdadero origen! La voz “*mejilla*” procede de “*maxilar*” y, como la quijada es aquel lugar de la cara donde se reciben las palmadas o cachetadas, se pegó el sustantivo al pómulo, carrillo o cachete blando y saliente de la cara. La etimología de “*mejillón*” es muy diversa. Se deriva de una forma diminutiva del latín “*musculus*” tomada del gallego o portugués. Ahora bien, así como el perro y el dueño del can acaban muchas veces asemejándose físicamente con el paso del tiempo, también “*mejillas*” y “*mejillones*” adquieren cierto parentesco formal mediante una metafórica asociación semántica. Desde la antigüedad más remota se ha reconocido la similitud entre las *vulvas* genitales de la mujer y las *valvas* de los moluscos. Y el sexo reprimido encuentra siempre una *válvula* de escape en el lenguaje figurado para aludir de un modo jocoso a las partes pudendas de la mujer: “*chirla*”, “*almeja*”, “*mejillón*”, etc. Los poetas eróticos subliman esas bajas pasiones de la libido amorosa camuflando las “*mejillas*”, blandas y sonrosadas, en “*pétalos de rosas*” abiertos de *par* en parto como una puerta *emparejada*... Y esas palmas que las monjas o beatas juntan para rezar, abren como oblación divina o se llevan a las *mejillas* ruborizadas ¿no sirven también para expresar cierto gesto obsceno que trae a la mente la apertura de las “*conchas*” de Venus o venéreas?

MIERCOLES

MERCURIO

MERCADO

COMERCIO

Musculines y Masculinos

Si los *machos* al ser castrados o “*emasculados*” pierden algo de su apreciada *masculinidad* no resulta nada absurdo suponer que el campo semántico del *machismo* verbal gira naturalmente en torno al gnomon del falo viril. Ciertamente esta raíz *fálica* no goza en absoluto de la *infallibilidad* pontificia y, como cualquier teoría humana, está expuesta a los gatillazos del error y a los disparos de la crítica. Todo *desfallece* y se cae por su propio peso y el paso de los años que nos sentencia a todos a la pena capital. Desde que el *homo ludens* descubrió que era una cotorra más creativa los papagayos humanos no han dejado de jugar con los verbos revolviendo las cartas de la baraja para la desesperación de los pacientes filólogos que se mesan las barbas y andan tirando del hilo en busca de la filiación y del certificado o acta de nacimiento de los vocablos. Pero en el lenguaje todo está más enredado que en la *red de redes* del ciberespacio. Cuando un chistoso latino decía “*mus* aut *mas*” - hombre o ratón – hacía un vulgar juego de palabras similar a quien asociase los *músculos* con la condición *masculina*. Los errores – quitemos hierro a los yerros - nos conducen errantes hacia caminos nuevos abiertos para todos los futuros hablantes al desviarse la vieja carreta de la carretera.

El *macho* (<*masculus*, de *mas*) alza el *machete* para entrar con violencia en la frondosa selva virgen nunca antes hollada por ningún hombre. La fuerza es sin dudarlo un atributo *masculino* que le distingue de la fragilidad femenina. Y uno de los rasgos físicos esenciales del varón primitivo y alejado de la indefinida “metrosexualidad” moderna es la prominencia del mentón o “*maxilar*”. El *Duce* o conductor del rebaño no puede llorar como una mujer la pérdida de Roma. La quijada o *maxilar*, además de ser un arma para *machucar* a todo Abel, sirve para triturar los alimentos (*mascar*) o bien para morderse la lengua y trocear las palabras entrecortadas (*mascular*).

La mosquita muerta

Todos sabemos que los tres *mosqueteros* de Dumas son en realidad cuatro espadachines y también que el último de la bandada, el *mosquito* de Gascuña, tiene el aguijón mucho más punzante y letal que el tiro de un *mosquete* o *mosquetón*. Y aunque la *música* sea cosa de *musas* más que de *moscas* no puede negarse que las *moscardas* y los *moscardones* dispongan de una trompetilla que suena a zafarrancho de combate con el candidato a pasarse sin reposo la noche en blanco luchando contra la cruel aviación enemiga. Los “*mosquitos* muertos” (¿han de ser siempre *mosquitas*?) ya no pican, perturban ni incomodan a nadie o, al menos, tal es su apariencia de puntos finales y *finiquitados* sobre la pared del cementerio civil. La raíz léxica más cercana al latín “*musca*” es el vocablo “*mus*”, ya se trate de un ratoncillo del campo de Criptana o un *mur* madrugador de la ciudad de Guadalajara. Pero ¿qué tiene que ver acaso un maldito roedor – “*Miska, muska, Micky Mouse*” - con esas vulgares *moscas* que revolotean sobre los excrementos fétidos para espiar como unos *moscones* del hampa los secretos de la orgánica putrefacción? Los naturalistas latinos como Plinio, además de pensar distraídos en las *mus arañas* (*spidermouse*), conocen la existencia de los aterciopelados *mur ciégalos* o “*murciélagos*”, unos topos *ciegos* que vuelan de un lugar a otro como unos Dráculas borrachos de un *bar* a otra *barra* en la noche. Y del noctámbulo cegatón ratón – *mus* - al entrañable *Mister Magoo* de las *moscas* que rebotan tan tontas sobre el traslúcido cristal de una luna que tintinea con los golpes del tamborilero no hay más que una dioptría de distancia y la falta – *presupuesto obliga* - de un radar...

Nuestro juego infantil de la “*gallinita ciega*” (“*mosca ciega*” decía el *puer* latino) trae a la mente el vuelo caprichoso y tornadizo de esos *gallos* veletas y los giros tan desconcertantes – *izquierda, derecha* – de una *musca* capaz de evocar al poeta andaluz – olmo, alma - todas las cosas de la infancia trascurrída apaciblemente en un patio de Sevilla.

Piques y diques

Los peces (*boquerones* o lenguados *deslenguados*) mueren por la boca y las barcas se van a *pique* o hacen aguas cuando se abren *boquetes* bajo la línea de flotación. Muchas veces el viejo pescador, si no es un *pardillo*, debe cerrar el *pico* con el bozal del ayuno y la obediencia debida para salvar su esperanza humana y el estómago que mantiene con vida la salud del alma. ¿Cómo salvará la lechera el cántaro con una *caries* que vierte o derrama en tierra como Onán elpreciado líquido de esas ubérrimas vacas tan maldecidas por un profeta misógino? A pesar del *Catecismo holandés* – y *digan* lo que *digan* los que *dictan* lecciones - los primeros “**diques**” al alcance de la mano fueron siempre las yemas de los dedos. Pero nunca es fácil atrapar al ladrón si no deja impresas en la masa o argamasa las huellas **digitales**... No sería la primera vez que vuelven a implantarse en territorio romance viejas raíces latinas injertadas hace siglos en otros troncos lingüísticos. Hubo un tiempo en que romanos y godos caminaban juntos codo a codo y en el viejo código del derecho romano se introducían cruzando el limes los principios jurídicos de los bárbaros. ¿Tiene el latín algo que *decir* o indicarnos en la voz italiana “**diga**”, la francesa “**digue**” o la castellana “**dique**”? ¿Es la palabra neerlandesa “*dijke*” la devolución con intereses de un antiguo préstamo latino? Tal vez hayamos roto el **dique** de la prudencia sin contención y tal hipótesis sea tapar el agujero del sol con un solo *dedo* o apuntalar una teoría estrafalaria usando como vigas poderosas las cinco vías de unas frágiles pajas o palillos. He aquí la cuestión “**endilgada**” por el ratón *Pixi*- “*te ha tocado, Dixi*”- a otros amantes o enamorados del *logos* que puedan tal vez *encauzarla* con mejor lógica...

A la una, la luna

Tal vez haya muchos *días* (o muchos *dioses*) pero cada día **reunido** en el calendario solar o lunar es **único** y solo hay un *sol* y una sola luna que salen en el horizonte tanto para el viejo zorro o la vulpeja como para las gallinas cluecas. El **Uno** de Parménides es visto como una esfera redonda igual que los relojes circulares fieles a la tradición milenaria de quienes no aman los platos cuadrados o rectangulares de la nueva cocina de autor. ¿Qué raíz verbal puede hallarse dentro en el bote de las especias sagradas para dar cuenta del *number one* que designa la **unidad** y la comunidad *universal* de la ONU y del “*todos para uno y uno para todos*”? En latín “**unio**” tiene el significado de “cebolla” (en francés da *oignon*) o bien “perla”. No es demasiado difícil captar la relación metafórica que **une** o *reune* ambos objetos blancos y redondos. Las perlas – **unio** - o *cuentas* del collar sirven para contar las **unidades** insertadas en un hilo como las piedras o *cálculos* del ábaco. Ahora bien, tales perlas sueltas (¡menuda *perla!*) se obtienen de unas vulvas o conchas de ostras que recuerdan mucho la forma de las uñas o “**ungula**” de las manos. ¿Cuántas conchas o perlas *únicas* vale todo el collar de la paloma? Tal vez apoyar la yema del **único** pulgar en las *uñas* para contar las **unidades** no sea más que un gesto ancestral tan *fosilizado* como algunas conchas adheridas a una roca sedimentaria?

La madre que la parió

Adán no es aún un **semita** o descendiente de Sem, el hijo mayor de Noé. Y tampoco sabemos si Eva se sometió a una **inseminación** artificial. En cualquier caso, lo cierto es que ambos, varón y hembra, *sembraron* a la *par* la **simiente** o **semilla** de todos los individuos solitarios necesitados de *emparejarse* y crearon desde la primera página en blanco las originales palabras del vocabulario. Los gritos de la **parturienta** en el **parto** se **parecen** (son **pares** o equivalentes) al **parto** de las voces nacidas con algún esfuerzo físico sobre-animal de aquellos músculos del órgano fonador que mueven la humana lengua y sacan de la boca la saliva del *bocado* de Adán. Verbigracia: lanzar un **gargajo**, hacer **gárgaras** con la **garganta** o bien soltar una gutural **carcajada**. Y al **parir** las palabras nuevas alumbradas comienza luego la **repartición** o **reparto** en partes de las *herencias* ancestrales, *adheridas* con un vínculo de sangre en el que **participan** en partes desiguales todos los signos de una lengua, tan *malheridos* y desgarrados como el poético grito solitario de la garza enamorada en la lírica popular. Todo nombre une en una **pareja** indisoluble un significante físico con un significado mental. Y todos los miembros dispersos de una misma generación verbal arrojada a la vida del lenguaje en **sementeras** o surcos **paralelos** tienen inevitablemente un cierto **parentesco** familiar. Lo **simultáneo** en el tiempo posee también **similitud** en la configuración o forma espacial. Unos engendran, otros imitan. El **simio** es el animal que hace las cosas **similares**, aquel que se **asimila** o hace **semejante** al modelo imitado o mimetizado con mucho mimo. Y toda **simiente** o **semilla** de verbo es *lanzada* a voleo por el sembrador en “*paraulas*” o curvas *parabolas* (o sea, “*arrojada conjunta*” al oyente en un puñado). Ya sabemos que algunas *semillas* caen dentro en los surcos o líneas *paralelas* que se miden y comparan entre sí su *parejo* desarrollo – **simil** – mientras que otras lo hacen al borde del camino, entre las piedras o en saco roto. El *peregrino* (<per aeger) que cruza el campo de siembra siempre *parte* con el corazón partido. Quien tenga vista y oídos para leer, lea rectamente entre las líneas torcidas.

JUEVES

JOVIAL

JOVEN

JUBILO

Veteranos y novatos

Los **veterinarios** solamente se distinguen de los *médicos* en que sus *remedios* o *medicinas* se aplican únicamente sobre una clientela animal que se considera menos distinguida que los bípedos implumes y parlantes en la escala zoológica. En los tiempos de la *nueva piedra* los picapedreros más **veteranos** o **vetustos** del neolítico sabían, sin conocer el *hierro*, usar las *herramientas* de piedra tallada para sacar las muelas cariadas o las puntas de flecha incrustadas en la carne. La experiencia singular del ángel caído – la **veteranía** es un *grado* para graduarse – sirve como manual científico a todos los diablos cojuelos para conocer el pie del que cojean. Ahora bien, las ciencias adelantan que es una barbaridad. Los nuevos o *novatores* atraviesan las fronteras introduciendo peligrosas novedades que amenazan los dominios de los más *viejos* de la comarca. ¿No es lógico que los *dueños* más antiguos o primeros del *dominio* acotado para la caza personal ejerzan su derecho de **veto** reservado a los ancianos, los *viejos senadores* o *señores seniles*? Sin embargo, los **viejos** – es ley de vida - se baten en retirada y con el rodar de los siglos los periodos de caza **vedados** tendrán como finalidad esencial favorecer la reproducción de los más jóvenes como requisito imprescindible para la conservación de las especies. Los más **veteranos** canjearan su derecho al voto y al **veto** con la concesión de medallas, honores públicos y la celebración de homenajes “*a nuestro queridísimo catedrático emérito que hoy se jubila para júbilo de los más jóvenes...*”.

El Dragón tragón

En latín la voz “*draco*” significa “*víbora*”, un reptil cuyo movimiento ondulante en la tierra firme se puede asociar mentalmente con las ondas *vibratorias* que producen las culebrillas, renacuajos o anguilas dentro del agua. Como decía Papini, las serpientes son los bichejos más cualificados para representar la imagen del mal en el *Génesis*. ¿Acaso no se mueven las *víboras* – una voz tan femenina como el canto de las sirenas - haciendo *eses* sinuosas o insinuantes igual que las *cadenciosas* caderas de las malas mujeres que hacen *caer* al hombre *virtuoso* – fuerte - vencido – *victus* -por el *vicio* decadente en brazos y pechos de la libidinosa borrachera? ¿Y qué decir del vistoso traje tatuado de su piel suave y mudable tan adecuado para ser un símbolo de la vanidad y el despilfarro de los roperos lujosos? ¿Y la pérfida lengua *bífida* – nada fiable - del ofidio de marras? ¿Y su aspecto de tubo o *tubería* digestiva y flexible capaz de engullir con enorme gula pantagruélica cualquier animal más grande que su propia boca? La víbora rastrera o arrastrada en el sucio fango junto al arroyo – intestino grueso, *foulard* o estola caprichosa– simboliza la mayor parte de los pecados capitales.

Los faquires con su flauta hacen que la *serpiente* de cascabel – quien avisa no es traidor - se levante en el aire como una soga o cuerda tensa saliendo de una canasta de mimbre. Y el profeta Moisés, en competición con los otros magos egipcios, transforma un cayado o bastón en la forma sagrada de un áspid o culebra. ¿No se aproximan gracias a la magia de la metáfora el báculo del pastor hebreo y el palo tentetioso de la malvada sierpe desenroscada del hacha? Tal vez el vocablo “*draco*” (culebra) tenga alguna posible relación anatómica con la voz griega “*tráquea*”. Ésta es un conducto rugoso – como saben los secuaces de Esculapio - que hace ruidos *brancos*, como las ramitas (“*brancas*”) de los *bronquios atosigados* por la tos cuando se sopla el doble fuelle de los pulmones. Algunas voces como “*traqueteo*” o “*matraca*” proporcionan la sonora evidencia (*trac-trac*) de que son de la misma madera y pertenecen al mismo truncado *tronco* genealógico que nos da la leña para sostener la hipótesis de una supuesta asociación entre los vocablos “*dragón*” y “*tragón*”. Todos conocen que los *tragones* se *atragantan* y tosen violentamente o toman un *trago* de agua o vino cuando se les desvía la comida ingerida “*por el otro lado*”. Como no

hay *asalto* a la diligencia sin *saltar* sobre el pescante, tampoco existe un **atraco** a mano desarmada o sin ponerse las botas y darse un **atracón** en el puerto de **atraque** disfrutando del fruto del botín pillado en la *razzia* por los piratas de agua dulce. ¡Cerrad los pasos del barranco y las puertas con las trancas!

El **dragón tragaldabas**, a falta de aldabas francas o pécoras descarriadas, es según muchas leyendas medievales un “*comeniños*”, un animal fantástico que cumple la misma función pedagógica de inocular la prudencia disuelta en el miedo paralizante que ejercita el célebre “*coco*”, o el “*hombre del saco*”, el “*lobo feroz*” de Caperucita roja y la malvada “bruja” verrugosa de Hansel y Gretel. Desde la primera *Cruzada de los niños* hasta los muchachos traviesos raptados en el cuento de *Pinocho* son numerosos los testimonios que dan fe de la preocupación ante el secuestro o asesinato de menores. Los niños no deben internarse nunca solos en el bosque, en donde si no hay bestias que hablen sí viven alimañas que muerden. En el siglo X de nuestra era las madres desaconsejaban bajar a la orilla o la *garganta* del río ante la presencia de unos temibles “**drakar**”, algunos con una *sierpe* en espiral como mascarón de proa. Quizás algunas de esas embarcaciones “normandas” – hombres del norte – se refugiara en la cueva del **Drach** de camino hacia la isla islamizada de Sicilia. ¿Y no recuerda la figura animal del mascarón de proa y las velas desplegadas del **drakar** a la diabólica Bestia con alas y arrojando un fuego bizantino por la boca lanzallamas – como la doble lengua de fuego rojizo de una víbora - hecha tan popular en aquella época tenebrosa por los comentarios y las ilustraciones de los Beatos sobre el Apocalipsis de Juan?

Sexo en Nueva York

Cuanto más primaria es la vida de los hombres mayor es la importancia que adquieren en su existencia cotidiana los elementos de la naturaleza primitiva sepultados bajo los *siglos* por el barniz de la cultura *secular*. En el principio fue la **sexualidad** (o, al menos, ésta nunca es cosa secundaria ni siquiera en los *seminarios* integristas más reacios a los fueros de la carne propia o ajena). ¿Qué raíz léxica se puede postular para el vocablo “**sexo**”? La prehistoria nos ha legado entre sus muchos silencios el misterio de las carnosas *Venus* – entre Botero y Rubens - esculpidas en la roca dura por los golpes del cincel de los artistas primitivos. ¿Se trata de un *culto* a la fertilidad de la *materia*, la diosa *mater* o madre? ¿Y qué decir de los muchos falos de piedra o los *cuchillos* (<*cultellu*) usados para ritos sagrados o ceremonias de iniciación como la circuncisión practicada por muchos pueblos en la antigüedad? Cualquiera varón conoce que el falo enhiesto - “*pasar por la piedra*” - desgarró con su verga o garrote el himen de la virgen. ¿Podemos aventurar una relación metafórica entre “**sexo**” y “**saxum**”? En latín “**saxum**” (piedra o roca) se puede derivar de la raíz /*sec-*/ cuyo sentido es “*cortar*” o “*tajar*” como puede comprobarse bien en vocablos como “*secante*”, “*segar*” o “*segur*”, el hacha. Ya sabemos que en la muda *edad de piedra* solamente nos hablan las piedras de silex y que los “*mojones*” (¡mecachis o mecagüen!) son lindes mentirosas fáciles de trasladar por ambiciosos propietarios. Todo *atajo* es trabajo y obliga al salvaje filólogo a machetear trabajando a *destajo* la selva virgen de los nombres.

Alumnos de secundaria

Según nos dicen los *secuaces* o seguidores de don Pero Grullo, al primer minuto de la vida le *sigue* el **segundo**. Si hacemos un *seguimiento* al verbo “**seguir**” (< *sequor*) debemos detener la pesquisa inquisidora en la ya de sobras conocida raíz latina /**sec-**/ y en algunas de sus variantes *sicarias* como /**sig-**/. Para decirlo así “**a secas**”, de una forma cortante o *tajante*, de tal radical se resquebrajan o cuartejan muchas voces que al relamerse con la lengua o mojarlas con las últimas lluvias moldean en el barro o arcilla del idioma **signos** o sellos – *sigillum* - muy distintos de los originales. Las *señas* (< **signum**) son unos cortes o incisos *insignificantes* en la carátula o la piel del becerro (signado y *resignado* a verter la tinta bermeja de la sangre) pero harto “**significativos**” en el pergamino o en la piedra. Y en la **siega** los **segadores** desbrozan con la hoz el camino abierto a todos los que **siguen** su *rastro* después recogiendo en haces las espigas *arrastradas* con el *rastrillo*. ¿Y no acaso es el término de un “**siglo**” – *saeculus* - el periodo límite de cada cosecha o generación de hombres que siembran el trigo o centeno esperando *segar* o recoger los frutos **consecuentes** antes de que los visite la Parca con la **segur** o guadaña? Y a falta de hachas y de verdugos buenas son las horcas y las **sogas** (<*soca*) que anudan en cordada a todos los **socios** encorbatados de una **sociedad**.

La “muy”...

En el habla de los jóvenes de una cierta época – tan mudable como los rebrotes de los viejos “troncos” paternos - la “**muy**” es la denominación en jerga de la “lengua”. Así, cuando alguien dice la “**muy**...”, podemos entender que tal hablante se muerde y tensa entre dientes la susodicha “**muy**” haciendo **mutis** por el *foro* (o agujero bucal) para no soltar ni “**mú**” hacia *fuera* del *forat* o, como mucho, **murmurar** o **musitar** para dentro algunas palabras sopladadas con sordina en voz baja. ¿Qué origen puede tener la voz “**mudo**” o el vocablo “**mutismo**”? Aunque hoy los modernos bachilleres de letras no obtengan ya *laureles de Baco* o tengan una ignorancia supina de los verbos latinos, muchos suelen tener una **moto** cuyo **motor** les *mueve* hacia donde hay *marcha, marcha, mucha marcha*... También la lengua del hombre tiene esa misma facultad **motriz** o **motora** del automóvil. Y si los **mutilados** ven mermadas su **motilidad** para **mudar** o **mutar** su posición, algunos **mudos** o *enmudecidos* ¿no tendrán quizás **mutilada** o cortada su lengua por haber sido ante los poderosos del mundo unos deslenguados, unas “*lenguas sin mano*” o desenfrenadas? **Motejar** al taciturno de turno con el **mote** (en francés *mot*) de **mudito** es una manera de **desmochar** su aspiración parlamentaria a la tribuna de los oradores.

VIERNES

VENUS

VENERA

VENEREA

Cara de culo

Tanto el humor como la metáfora (“*Entre dos piedras feroces / sale un hombre echando voces*”) son dos elementos esenciales en la creación del lenguaje. Si podemos tildar a una persona gordinflona sin eufemismos llamándola “*caraculo*” ¿no es porque el generoso *trasero* de don César *Pompis* o las dobles posaderas de doña *Eufemia* se pueden aproximar formalmente al careto o *caraota* de su tarjeta de presentación delantera? Los **glúteos** son los carrillos o mofletes de los **glotones**. La **gula** voraz de los niños **golosos** que se atiborran **deglutiendo** las dulces **golosinas** tiene la misma raíz gutural y líquida (**glú-glú**) que la **glotis** de los traductores de la Biblia **políglota** o las **Glosas** gastronómicas de la cenas universitarias en “Casa Emilio”. ¿Y no se debe también para inflar soplando con la boca y los pulmones el **globus** – *glub* – hinchar las dos **nalgas** sonrosadas del rostro? *En* latín el sustantivo “**natica**” (<*nates*) da el nombre de “**nalga**” mientras que “**naricae**” (<*nares*) engendra ¡cosa singular! un par de “**narices**”. No hace falta tener el oído puesto en el parche de la bicicleta o poseer mucho olfato para percibir la jocosa coincidencia – *flatus vocis* - entre “**nates**” (nalgas) y “**nares**” (nariz). Y, mucho menos, meter la *napia* larguirucha en el oscuro hueco por donde asoma creciendo a ojos vista el mojón *escocío* de algún ilustre Pinocho de madera.

A las duras y a las más duras

El *durazno* tiene una parte ósea que *dura* más y otra parte más blanda o carnosa que *dura* bastante menos sometida a los mordiscos del tiempo *fugaz* y el apetito de los fugitivos nómadas hambrientos. Como todos los huesos del esqueleto humano, las semillas de las frutas y los huesos de aceituna parecen destinados a servir para la conservación en vasijas de barro o latas de metal. Lo *duro* tiene una mayor *duración* aunque el tiempo cambie los “*fuertes*” o “*duros*” de plata en otras monedas creadas de nuevo cuño. Los filólogos más serios no proclaman desde las altas cátedras universitarias la relación lingüística entre la “*dureza*” y la “*duración*”. Pero, a decir verdad, el *veredicto* del pueblo en este asunto de uvas a Ramos es inapelable sin esperar la última palabra del bendito *Benedicto*. Ya la sapiencia del fénix madrileño Lope de Vega advirtió sobre la impaciencia secular de la plebe tan dada a saltar las vallas y saltarse las reglas de madera.

Desde antaño (o, al menos, antes de este año) se ha intentado derivar la voz “*duro*” del vocablo griego con el que se designa el “*leño*” de los troncos. No hay más cera que la que arde en la candela ni más leña para encender la hoguera sagrada de una larga polémica imposible de extinguir a falta de más luces. En cualquier caso, ya los cavernícolas primitivos de la edad de piedra sabían que el fuego *endurece* la punta de las *tizonas* de madera usadas como lanzas de hierro para *lanzar* la muerte sobre el apetecible ganado dibujado en la pizarra rupestre. ¿Servirían acaso los carbonizados leños gastados en la fogata como unos precursores relojes de noche – *tantas horas, tantos leños* - para contar y medir la *duración* de las tinieblas tenebrosas? Los más novatos o inexpertos en el cómputo de los troncos y las ramas precisas se quedarían a dos velas mortecinas y con las llamas apagadas mucho antes de la alborada luminosa tan deseada por todos los miedosos o insomnes, con la excepción hecha - según proclama en verso la lírica popular - de todos los empedernidos amantes del medioevo que han visto siempre en el alba un enemigo de su gozo o, tal vez, al mismo diablo o marido cornudo provisto con una estaca de aquellas que aún no se han quemado en esa imitación o copia chiquita del sol que es la hoguera.

Ahora bien, la tesis tan poco atrevida de que la *duración* del fuego

depende esencialmente del conocimiento de la calidad y cantidad de la madera seca o *dura* necesitadas para su manutención puede extremarse todavía con algunas hipótesis mucho más arriesgadas e imposibles de una demostración certera sin una cierta dosis de fe previa. ¿Existe pintadas en las paredes de las cuevas prehistóricas – un cuaderno de hojas blancas para cualquier *mocoso* – algo que podría considerarse *acaso, quizás, quién sabe*, como un primer “libro de contabilidad” de la leña empleada? ¿Son tales “*signos*” las misteriosas y enigmáticas figuras rupestres de unas “barras negras” colocadas en serie, los “triángulos” – como unas *pilas* de troncos - o los “fajos” o *haces* similares a *cabañas* de madera donde se guarda el rebaño o cabaña tras la *cerca*? ¿Y los fuegos de san Juan (donde cada cual en el *corro* o *ronda* arrima el ascua a su sardina) como la esfera *redonda* de un viejo reloj noctámbulo que dejase andar y correr sus horas en círculo mágico mientras las cuenta *contando* con las rayitas negras de ramas quemadas los *cuentos* o *rondallas* para no dormir en mil noches y un día? No es fácil *acercarse* al misterio *circular* de una *cerca* dibujada en la pared de una caverna donde hace ya muchos miles de siglos se apagó la llama.

La noche oscura del alma

En plena **noche** sin luna cualquier hoyo o zanja mediana es una sima abismal; cualquier rama de árbol, un cuchillo amenazante alzado y los viejos molinos de batán peligrosos malandrines **nocivos** para nuestra salud y dispuestos a *noquearnos* o darnos en la nuca y *batuquearnos* luego cruelmente con su *bate* haciéndonos mucho daño. En latín el verbo “**neco**” significa “*matar o asesinar*”. Y que la muerte es la única **negación** posible de la vida que se afirma poseer – *vivo, luego bebo* - es algo que nadie con dos luces o una chispa puede **negar** aunque se halle borracho como una cuba. La *noche* (</nok-/, **nocte**) es siempre el reino de la *negritud* (</nik-/, **niger**). Ya decía el poeta Berceo que escribir a la luz de las velas es un menester pesado. Quizás por eso las letras (“*hormigas negras*” las llama Vives) tienen la **negrura** del carbón o grafito o bien el color rojo de la sangre derramada por una víctima.

Cojines y Cojones

Existen ciertos vocablos en la lengua que, sin ser ellos por sí mismos *malsonantes* o cacofónicos, son recibidos entre las personas finas con una leve contracción muscular de la cara. Tal fenómeno obliga a buscar un chivo expiatorio, una *cabeza de turco*, un tonto que pasaba por allí sin otro pecado venial que parecerse en el *pasaporte* al porte o al rostro malcarado de algún traficante de drogas. Quien exclama ¡**ostris!** rara vez ofende a los católicos que llevan sobre las espaldas algo más que la primera comunión marinera ni tampoco –hagamos aquí un acto de fe– a la honrada cofradía de mariscadores gallegos. Y lo mismo ocurre con la palabra “**cojín**” (dígase en el plural) que recoge en toda su molicie oriental todo el vigor necesario para arrojar a los *almohades* de la península en una secular guerra de almohadones para quedarse con la hermosa Granada y la silla de Sevilla. En aquellas regiones hispanas donde conviven fidelidades lingüísticas dispares los hablantes de una lengua *fuerte* suelen incluso utilizar la otra

más debilitada - ¡**recollons!** - para disfrazar los *tacos* o “palabrotas” igual que los tacones engañan con la altura de los hombres *retacos*.

En realidad la voz “**cojín**”, aunque distinta o más distinguida que los dos vulgares “**cojones**”, tiene también un origen anatómico que no debemos guardar ni resguardar en el *cajón* de sastre junto con las agujas y el hilo de seda. La verdadera raíz del vocablo “**cojín**” es “**coxa**” o cadera, sentido que adquiere por traspaso de puesto o aproximación espacial entre el *lomo* y el objeto blandengue que favorece el descanso de los *deslomados* subiendo con fatiga de burro una loma. También los “**cojos**” de nacimiento o aquellos caminantes que sufren una *cojera* pasadera deben al hueso del **coxis** su bautismo en la pila de los sustantivos.

¿Y qué pasa ¡carajillo! con la raíz etimología de los dos “**cojones**”? Arrieritos somos todos y en el camino de bajada los **cogeremos** igual que se **recoge** a todos los mentirosos...

De yucas, nabos, rabos y rábanos

Apenas hay que decir que el *pene* del hombre *penetra* con mayor *pena* en las mujeres *estrechas* y pudorosas que en aquella otra desvergonzada y desvirgada para quien “ancha es Castilla”... Los hombres corridos suelen comparar el órgano viril con ciertas hortalizas del huerto al que se llevan a las *maduritas* esposadas o a las verdes *doncellas* provistas con un cesto de *manzanas*, *peras*, un par de buenos *melones* y unos labios de *fresa* como princesas de algún cuento modernista. El “**nabo**” del pícaro don Pablos busca *busconas* para dar juguetonas batallas “navales” en camas de agua. Pero siempre se debe tomar el **rábano** por las hojas verdes igual que a las **raposas** o *rabosillas* se las agarra por las dos orejas y el **rabo** tras una *rápida* faena de *rapiña* digna de una *rapazuela* del lumpen. ¿No es lo característico del “**rap**” la velocidad de su ritmo *rápido*? Todas las aguas del arroyo confluyen en el mismo mar y casi todas las raíces pueden *insertarse* como injertos en nuevas plantas o trasplantarse a otras macetas del vivero. Además del **rábano** o las zanahorias otros productos del campo asoman a ras de tierra el plumero de unas hojas que parecen ser como la **cola** o **rabo** de un animal. Del latín “**colo**” (como saben los “**colonos**”) vienen las *coles* y otros muchos *cultivos* que se **recolectan**, **cogen** o **recogen** – *colligo, cum lego* – ligando “con una liga”. Y del radical testículo doblado (“**coleus**”) se proyectan como redoble de tambor las **colas** largas del cine o las abreviadas de las zorras anexas o ajenas al celuloide, las **colillas** del cigarrillo de Bogart, las **coletas** del matador, los **coletos** de las fregonas y hasta los mismos “**cojones**” del impaciente que hace **cola** en una ventanilla deseando **colarse** aunque no **cuele** en el filtro la excusa de piña colada con la que se acusa a sí mismo de ser un divino impaciente. Y pongamos aquí un **colofón** diciendo (¿estaremos *colocados* o *colgados*?) que toda **cola** arranca de la vecindad de un **culo**, ano o anillo por el que asoma una *solitaria culebra*.

Y ahora pasen, entren y vean al espectacular hombre de las dos cabezas si tienen la inmensa fortuna de que alguien se ofrezca a “**darles la cola**” para acercarlos **coleados** hasta la oscura puerta de entrada al circo.

SABADO

SABADETE

SABÁTICO

Vergüenza torera

La palabra “**vergüenza**” (<*verecundia*) designa el pudor de quien se “**ruboriza**” al “ponerse rojo” igual que las **rúbricas** como efecto de la afluencia de la sangre *bermeja* a las mejillas *rosáceas* de la persona escandalizada ante la obscenidad soltada por algún **sinvergüenza** mozo o la baba lasciva de un viejo *verde*. Sin embargo, no solamente los *piropos* y las *piritas* de algunos *pirómanos* del amor encienden en la *pira* la carne *encarnada* sacando el *color* a las rubias naturales o *acalorando* a las “*peliteñidas*”. También las varas *verdes* del verdugo, con las que se hace entrar en *vereda* a los díscolos expuestos en la plaza a la **vergüenza** pública, dejan enrojecida la piel o película de los *pieles rojas* azotados con la **verga** punitiva. ¿Existe algún ramal minúsculo – como un gusanillo metamorfoseado en mariposa alada - que nos lleve desde el *verde brote* de las ramas o el florido pensil al **vermiculus** de la mariquita o cochinilla roja usada por los antiguos para obtener el color **vermell**?

De capa caída

Vamos a echar un **capote** a quienes defienden la pureza en estas lides verbales contra el *timo* de las ingenuas etimologías populares. Ciertamente las apariencias no son transparencias ni tampoco la casualidad supone una causalidad. Del verbo **escapar** al sustantivo **escaparate** no hay más que un tiro de piedra al cristal de la luna. Por supuesto, el pedrusco no alcanza el objetivo deseado causando algún “*daño colateral*”. Sin embargo, yerran quienes rompen la claraboya que nos da alguna luz fantástica arrojando piedras reales sobre el tejado ajeno. ¿Quién paga los vidrios rotos del *alunizaje* del ladrón que embiste sobre la *luna* de la joyería? El verbo “**escapar**” viene del latín “*cappa*” y significa desprenderse de la capa para no ser estorbado en el movimiento de la carrera. ¿No tiró el poeta Arquiloco su escudo para escapar del enemigo? ¿Y quién debe huir con mayor motivo que el ratero embozado en la **capa** para no ser reconocido? Las ratas o los rateros suelen fisgar en los armarios de la cocina para **escapar** dejando un rastro de harina y de tarros de miel volcados en el estante. Y eso es lo que la voz neerlandesa “**escaparate**” viene a significar: un armario con vidrieras. Aunque ambos vocablos no tengan de hecho ningún parentesco sanguíneo la mente humana puede sacar siempre verdades útiles de las mentiras. ¿No resulta revelador que los ladrones de poca monta, como los gatos, se llamen “chorizos”? Un tesorero no se contentaría con menos de un jamón serrano y, disponiendo de las llaves del armario, ni siquiera necesitaría romper la luna del escaparate para saquear la tienda y salir con las manos libres **escapando** de la justicia que muchas veces va de capa caída con los más fuertes. Las leyes – dice Solon – son como las telarañas que atrapan solamente a los insectos pequeños.

La bella durmiente

Todas las voces nuevas de una lengua tienen siempre un punto de partida anterior. ¿Cuál es el *germen* del que germina la raíz del verbo “**dormir**”? No lo sabemos ni lo sabremos quizás nunca. ¿Debemos por ello condenarnos al silencio estéril como proclaman todos los positivistas del lenguaje? El hombre actual no puede hacerse una idea exacta del temor paralizante de los primitivos ancestros cuando veían descender hacia el ocaso sangriento la “*bola de fuego*” que deja ciegos si la afrontamos con osadía retadora mirándola de frente *cara a cara*. Quien ve el rostro de Dios se muere. Acurrucado junto a la hoguera menguante, en posición fetal y casi muerto de frío, el cavernícola aguarda tembloroso que pase rápido aquella **tortura** ideada por la **retorcida** mente de un demonio o “Señor de las sombras”. Como si fuese una **tormenta** en medio de la noche que lo **atormenta** y le hace encogerse o **retorcerse**; como si sufriera en su propia carne el cruel **tormento** del **torno** o la rueda que al **tornar** le **dobla** sin **partir** el **dorso** y el **torso**. Probablemente el humo espeso de la cueva, sin apenas aireación o ventilación, causaría *alucinaciones* o sueños cortos, pequeñas “*cabezadas*”. ¿Cómo **dormían** los primeros hombres que habitaban las grutas? Acostarse **tumbado** en el suelo es lógicamente una consecuencia de “**caer**” (en francés *tomber*) en ese anticipo de *tumba* que es el sueño. Siguiendo su instinto natural los niños más pequeños se resisten a dormir para desesperación de las niñeras, como se advierte en las nanas tradicionales (“*Duermete, niño, que viene el coco y se lleva a los niños que duermen poco...*”) Quienes **dormitan** superficialmente sentados en vela de *imaginaria* y encerrados en una caseta, aunque apoyen el mentón en el puño, acaban siendo derrotados en la pugna con el sueño vencedor. Se rinden, nos rendimos, inclinamos la cabeza – damos una “*cabezadita*” – y a la mañana siguiente nos despertamos echados largos en el lecho de la tierra. Y bien, ¿acaso estamos *perturbados*, *aturdidos* o *turulatos* – *tururú* – si atribuimos a la raíz /**tur-**/ el núcleo inicial del que nace la bella **durmiente**? En tal caso “**dors**” - yo duermo - equivaldría a decir “*yo me tuerzo*”, “*yo cabeceo*”.

En verdad las razones aducidas aquí no son ni demasiado sólidas ni bastante convincentes. Fuego, humo, tierra, polvo, nada... sueños. Con

similares argumentos se podría derivar la raíz “**dorm-**” de un cruce entre “**domus**” y “**tumba**” ya que toda cueva ha sido **domicilio** y **dormitorio** de vivos y muertos. Toda teoría exige un *garrotazo* en la testa igual que se nos agarrota tieso – *rictus mortis*, rigidez mortal - un pie **dormido** por la falta de movimiento. Soñemos.

Relamidos y deslenguados

La voz **lengua** se deriva del verbo latino “**lingo**” cuyo significado preciso es “*chupar o lamer una cosa*”. Los cursis o “**relamidos**”, como los donjuanescos babosos de taberna, los **lambucios** y los **deslenguados** aficionados a tomarse unos **lingotazos** de morapio peleón, parecen estar repasando la **lengua** sobre el **lingote** o barra de helado *fundido* de los verbos congelados en las conjugaciones estereotipadas. ¿No es razonable que, si la **lengua** esta *ensalivada*, una de las formas posibles derivadas del verbo “**lingo**” (<*linctum*) nos ofrezca exprimida el zumo de vocablos como “**licuar**” o “**líquido**”? En latín “**reliquia**” (<lat. **linquo**, **liqui**) significa “*residuo, resto, cosa dejada o abandonada*”. Y así como el achocolatado río Huerva – ¡tan lejano a Huelva! - va siempre lleno de mierda, las aguas correderas – ¡agua va! – son la mejor forma de tirar o arrojar al mar todas las porquerías, las aguas menores y algunos menores comprometedores para la madre como Moisés, aquel hebreo egipcio “*salvado de las aguas*” y que ahora la varita mágica de la filología fantástica – **líquido**, **reliquia** – rescata para los devotos del *Logos* y los admiradores de los **relicarios**. Por supuesto, esta aproximación entre “**lingo**” y “**linquo**” se puede con razones sólidas **liquidar** – hacer aguas - como los restos abandonados – **reliquias** - de un naufragio mercantil.

Las ninfas “linfómanas”

Las *ninfas* mitológicas suelen habitar en la vecindad de un medio *linfático*. Pero a la vista salta como una ínsula *exultante* en medio de un *lago* (<*lacus*) o de una *Lagunita* (*country club*) que no todos los *líquidos* depositados en un mueble-bar o en un viejo *lagar* se transforman en agua milagrosa o *aguardiente* que, si no has de beber, debes dejarlo correr... También las *lágrimas* tristes vertidas por las velas de cera o por quien *plora* como fémina – *sniff deplorable* de ninfómanas esnifadoras – tienen su origen en la misma raíz *lacustre*. O la fruta de la *lechosa* y la misma leche (<*lacte*) ya sea ésta más o menos aguada o cuajada para dar forma al *fromage*. Y si los radicales */lic-/* o */lac-/* aluden sin duda a *líquidos* o *licores*, su vecino */lec-/* se mezcla en tartera de barro con el polvo de la tierra para darnos el cieno o *légamo*, palabra que suele hacerse brotar como una *leguminosa* del botijo arcilloso de una fuente celta. Sin ser un *Licinio* de la Fuente, ni haber nacido en casa de adobe en *Leciñena*, todos los Isidros saben bien que si los señoritos “gatos” de la capital desean comer *legumbres* alguien debe embarrarse las botas con lodo caminando y contando los pasos con las botas de siete “*leguas*”, otra voz céltica. ¿Y no son las *legañas* (o la forma más antigua “*lagaña*” vigente aún en Venezuela) unas secreciones espesas que se pegan en el acuoso borde (lat. *lacinia*) de los ojos recordando a la broza o maleza en la orilla de las lagunas?

DOMINGO

DOMINIO

DUEÑO

DON

El perdón de Dios

Como es sabido por casi todos los católicos que aman la Palabra de Dios y las palabras del hombre, el **Domingo** (<*dominicus*) es el “día del Señor”. O sea: el “**dueño**” de la casa (<*dominus, domus*) que **domina** el *dominio*, **domestica** a los payeses levantiscos o a las fierecillas sin **domar** y al que la servidumbre del globo terráqueo tratan con un respeto reverencial de “**don**” Fulano o don Mengano. Las abadías o monasterios reciben cuantiosas **donaciones** y los señores hacen algunos **donativos** desinteresados para asegurarse un trato de favor en el último juicio. Dar o **donar** limosna al pobre de solemnidad con un cierto **donaire** suele ser cosa de los hombres desprendidos que no viven solamente del aire aunque dan y tiran al aire desde el balcón los dulces y caramelos destinados a la chiquillería en los bautizos. El que se las da de “**don**” tiene el **don** de darse ciertos aires ampulosos aventando su generosidad magnánima en la plaza pública. Pero la mayor riqueza del **dueño** del coto o cotarro es su potestad para indultar las penas, **condonar** o **perdonar** las deudas (digase “*ofensas*” para no molestar las orejas – *din don* - de *Don Dinero*) y dar asimismo el **perdón** o absolución de los pecados a todos los *pecotosos* manchados nuevamente con *pecas* tras el primer lavado bautismal.

Los Reyes Magos

Cada *región* o parte del mundo se *rige* con más o menos *rigor* por las *reglas* que dicta un *Rey* o *Regente* (<*regis*) que aplica con *rectitud* de supremo *corregidor* las leyes o *derecho* regio (<*directu*) emanados de su Alteza Real. Pero también los *reyes* son tributarios del Emperador o *Rey de Reyes*. De ahí que los tres reyes magos se *presenten* – el Dueño no necesita *presentación* – con un presente o *regalo* – oro, incienso o mirra – ofrecido al niño Jesús, Cristo Rey. Desde entonces (siglo más o menos) casi todos los niños de la cristiandad – reyes del hogar – reciben un *regalo* navideño de sus *papás* disfrazados de negros ahumados con turbante o la barba blanca del gordinflón *Papá Noel*. Los filólogos sabios derivan la voz “*regalo*” de “*gala*”, pero las mejores *galas* son siempre las *galas reales* en las que el *rex* y la *regina* dan agasajos a quienes con la *gola* y los *gules* en el escudo noble hacen *gala* de su gula *regalándose* el paladar con los manjares depositados en las escudillas. Sin embargo, aunque el *rey galante* no sea de la dulce Galia, ni lleve *verde gabán* o se conozca como el *Vert Galant* ¿no es goloso acercar a la boca los nombres de “*regalo*” y “*rex, regis*”? ¿O se trata solamente de un brinco en el aire y un vuelco de letras *saltimbanquis* como sucede casualmente en el vocablo “*regaliz*”?

Cruzadas y cruceros

Si el fundador del cristianismo hubiese muerto colgado de un árbol o lapidado en lugar de ser crucificado el símbolo de la religión de Cristo hubiera sido una horca o un pedrusco. Y si el tribunal lo hubiera absuelto, condenado a una multa, castigado con cien latigazos, tres años de prisión o extrañamiento de la patria (cosas todas ellas posibles lógicamente pero falsas desde una perspectiva judicial histórica) ni siquiera existiría hoy en el mundo de las religiones la única religión verdadera. Pero la historia del hombre no puede cambiarse pues entonces el antes de ayer modificaría el ayer y también el hoy que se nos presenta pillándonos con bata y zapatillas a punto de meternos en la ducha. Cristo murió en la **cruz** y los **cruzados** partían a partir la crisma de los infieles sarracenos con tal signo cosido en su indumentaria y bendecidos por curas y obispos en el altar de las iglesias con planta de **cruz** latina. En latín **crux**, **crucis** (no todas las *cruces* tenían dos barras cruzadas pudiendo constar de un solo leño) designa un instrumento de “*tortura*” o “*suplicio*”, vocablos que ya nos señalan que el reo condenado a dicho tormento cruel *suplicaba* con sollozos y lágrimas el cese del *suplicio* mientras se daba una vuelta de **tuerca** al torno o rueda del timón de la carreta descuartizadora. ¿Qué raíz léxica puede señalarse para la voz “**cruz**”? Aparentemente parece un sonido onomatopéyico que evoca el **crujido** de los huesos y de la madera en una *carracla* dentada. Tal es el origen atribuido a una voz francesa como “**croqueta**” (crocante, o que cruje). Pero una voz como “**croquis**” puede entenderse también como el esbozo rápido de un mapa en donde se han marcado algunas cruces o equis como puntos de referencia. En cualquier **encrucijada** debemos escoger el camino que nos lleva a nuestra meta personal. El cristiano, cargado con su **cruz**, elige su **vía crucis**. Otros se santiguan al *cruzar* una calle o embarcar en un **crucero** hacia Croacia.

Santo y seña

“*Santo, santo es el Señor...*”. La voz “**sanctus**” se deriva de la raíz del verbo “**sancio**”. El rey firma o **sanciona** la ley con la rúbrica *entintada* del color tinto de la **sangría** o bien lacrada y sellada con el sello de la **sangre**. Un vez **sancionada** la ley ésta es sagrada, **sancta** e inviolable. Solamente el autor de la ley misma puede tocarla o retocarla. Quienes *violan* o *violentan* las leyes dadas – toda *violencia* produce *moratones* violetas o morados – merecen recibir una pena o **sanción** legal. El verdugo del rey es el ejecutor encargado de derramar la **sangre** del culpable como expiación de la falta o pecado mortal cometido. La **sangre** es vida y toda vida pertenece como los sarmientos de las vides al dueño de la viña. “*Ésta es mi sangre...*”.

De la misma raíz /**sanc-**/ surgen las palabras “**sanguis**”, “**sanctus**”, “**sancire**”. En la antigüedad los templos servían como asilo a los criminales ya que constituye un *sacrilegio* verter la **sangre** humana en la morada del Altísimo. Lo **santo** y la **sanción** tienen la misma raíz que lo **sacro**, **sagrado** o **sacerdotal**. Ahora bien: ¿tienen esos vocablos algún parentesco con el vocablo “**saco**”? El “**saco**” es el cilicio o vestidura áspera que usan como penitencia los monjes. Ese **saco** es una tela gruesa, una bolsa o saca cuya trama enlazada con la urdimbre sirve para colar líquidos como el vino espeso. El verbo “**sacar**” (<sacco) no tiene en latín el significado de vaciar la saca (de ahí el saqueo) sino el de “*filtrar, colar, pasar por una manga*”. El filtrado del vino espeso, como eran los vinos de la antigüedad, dejaba una mancha roja que recuerda a la “**sangre**” (<sanguis), voz donde vemos reaparecer la misma raíz verbal (**sanc-**) de la palabra “**sanctus**”. ¿Es casualidad lingüística que la **sangre** ofrecida en *sacrificio*, hecha *sacra*, santifique y redima los pecados del hombre? El mayor crimen del hombre es quizás el derramamiento de la sangre hermana. Sin embargo, el mismo Caín, asesino de Abel, obtiene como fugitivo la protección divina: “*Y Yavé puso una marca a Caín, para que nadie que le encontrase le matara*” (Gn., 4, 15). Marcar al criminar en la piel no es, según el texto bíblico, una nota de infamia o censura sobre el malhechor sino más bien un salvoconducto, el **santo y seña** que protege al extraño, la garantía de su *inviolabilidad* – nadie le toque o ponga su mano

encima - a pesar del crimen cometido. ¿No se marcan también a los animales domésticos para que solamente el dueño o propietario de la res huida pueda disponer de su vida? ¿Quién es el dueño del chivo expiatorio que se pierde en el desierto? Caín es también hijo de Dios, el Señor, el tres veces **santo**. Tal vez por eso acogerse a lo *sacro*, refugiarse en el templo, haya sido una forma religiosa de declarar inviolable la vida humana mucho antes de que la filosofía racionalista llevase a las constituciones los derechos humanos. *Santiguarse* ante una iglesia es hacer la cruz **sancta** que nos hace inviolables y nos protege del mal. “Con este signo vencerás”. Y el *signo* o la *signatura* ¿qué otra cosa es sino la marca del rebaño, la firma con **sangre**, la rúbrica roja que sella una alianza en la que el hombre es testigo, esto es, mártir?

Vaya semanita

La palabra “**semana**” (<*septimana*) es una voz compuesta cuyo sentido es “*siete mañanas*”. La revolución de la escarapela y del gorro frigio quiso realizar una reforma radical del calendario prolongando la semana de siete jornadas hasta los diez días. El décimo o *decadí* sustituía al viejo domingo de tufo clerical. Como es evidente una *semanita* tan alargada no dejó muy satisfechos ni a menstruales ni a campesinos. ¡Contra la Iglesia se vivía mejor! Y se volvió a restaurar la **semana** clásica inalterable desde que el Génesis proporcionó el modelo para todos los hombres futuros. Yahvé hizo el mundo en siete días. ¿Hay alguna magia en dicho guarismo? En realidad la semana laboral del Dios Arquitecto revela un proceso lógico de la mente. La materia consta de *cuatro* elementos: aire, tierra, agua y fuego. Del fondo de la materia inerte se alimentan las plantas vivas y los brutos animales; el hombre, capaz de brutalidades insospechadas por los demás brutos, corona la creación como su rey. ¿Y no falta el séptimo día? Por supuesto, el Señor Yahvé, el promotor y primer motor de la construcción del universo, se reserva el domingo – día del Señor – para mostrar que hasta el dueño necesita el descanso. Quizás los ateos capitalistas verán en el domingo divino algo así como un truco contable para cuadrar las cuentas y justificar que un día a la semana se cobre sin dar el callo. O los comunistas quieran prescindir de la Causa primera para no prescindir de su manía de matar a todos los Amos que no son del partido. En cualquier caso, siete – como los sabios de Grecia, los colores del arco iris y los siete hermanos por casar con sus respectivas novias cinematográficas – son los días de la semana. La misma forma gráfica del **7** – véase en posición horizontal – parece una llave maestra que diese la clave secreta para entrar en algún jardín del Edén oculto a la vista de los curiosos por un **seto**. ¿Y que raíz puede suponerse a las **mañanitas** de esa semana de *siete* albas como siete “**sietes**” o desgarrones en la tela negra de la noche? La raíz más cercana ¡por todos los *manes*! es la del verbo **manar** o el sustantivo **manantial**. El hombre de las cavernas contempla el final del túnel cuando observa la claridad del alba **emanando** como el vapor blanco de una nube a través del visillo de la oquedad que da *paso* a la gruta donde pasa la noche.

Hijo de cristalero

Un vulgar dicho afirma que “*hijo negado, hijo cagado*”. O dicho de otro modo: la similitud entre el *padre* negador y el ***filius*** engendrado no reconocido es meridianamente clara y transparente como un ***crystal*** para el ***crystalino*** de cualquier ojo que no se escandalice ante nada de lo visto y oído en este valle de lágrimas. Todos los hombres tienen una ***filiación*** y estirando del *hilo* o la *hélice* del ADN (cortante como un *filo*) podemos llegar devanando los sesos y la rueda de la vida hasta el *huevo* sin gallina y el *ovillo* de lana de la madre del cordero. ***Cristo*** es el Hijo unigénito de *Zeus Pater* o Dios Padre, pero también es el *hijo* único de una mujer judía que ha tenido un parto milagroso. Y, siendo Jesús de Nazaret verdadero hombre, su ***ombligo*** (tan verdaderamente humano como cualquier otra parte de su *corpus Christi*) le une *religado* con el cordón ***umbilical*** al vientre virginal de María. Sin embargo, la genealogía de Jesús, el Mesías, hijo de David (Lc, 3,23) nos conduce por la vía paterna “*a Jacob, que engendró a José, el esposo de María*”. Y aquí ya el ***crystal*** de ***Cristo*** se nos empaña al juntarse en una sola lágrima las dos gotas que salen del Patriarca Abraham para llegar a la joven María y su lejano pariente, de edad más avanzada, el carpintero José.

La voz griega ***Cristo*** (<*khrio*) significa “***ungido***”, aquel que ha recibido en su frente la ***unción*** o ***ungüento*** del óleo sagrado con la que el sacerdote – en nombre de Dios – proclama por derecho divino la condición real – “Cristo Rey” - de su propia imagen en la tierra. La palabra ***crisma*** designa el bálsamo o aceite usado para ***untar*** la cabeza coronada, motivo por el cual se produce una traslación semántica del nombre y *romperse la “crisma”* ha pasado a tener el sentido de partir o descalabrarse la cabeza. Los feligreses *cristianos*, sabios o ***cretinos***, que alguna vez han mojado la miga del pan en la salsa saben que voces latinas como ***unto***, ***unción*** o ***ungir*** se derivan de la misma raíz léxica que uña o ***ungula***. Y en la lengua griega de los evangelios del Mesías ¿cuál es el origen del verbo “***khrio***” que sirve de matriz a ***Kristo***? El ***crystal*** de las *vidrieras* o rosetones - como la córnea o el ***crystalino*** - es una sustancia “dura” respecto al agua más dura, además de translúcida o enlucida como la queratina de la uñas en las *unguladas* y repintadas féminas. Antes de la

invención del *vidrio* (<*ver, videre*) los hombres conocen de vista las aguas ***crystalinas*** de los lagos helados. Y el hielo, la nieve o la escarcha es una consecuencia del frío y las bajas temperaturas – ***kryos*** – que originan la ***crystalización*** de ciertas sustancias. ***Cristo*** no deja fríos nunca a todos los hombres *feverosos* que se calientan el alma para defender su legado o a todos los fríos ateos racionalistas que se congregan para hundir la nave de Pedro – romper el hielo o las cristaleras- con la cítrica crítica (<*crinos, crisis*). La fe de los ***crystalianos*** en la divinidad de ***Cristo*** anda vacilante o firme sobre la costra ***crystalina*** de un pequeño lago de Palestina en donde algunos humildes pescadores pescan resfriados – *febril, fever* - por culpa del bautismo o inmersión en el agua fría.

COLORÍN, COLORADO

Este cuento – uno, dos, tres... - se ha acabado. El **creador** se **recrea** el último día contemplando con paternal gozo baboso a su **criatura** deforme o contrahecha. Hemos visto crecer paulatinamente las virginales páginas – “cándidas doncellas” - de la obra, desde el **lunes** en que al **lunático** le pega la luna hasta el **domingo** festivo – *frei* o libre en alemán - en que los **dominicos** predicán la palabra del Señor. Pero el *creador* aquí no es un dios menor sino solamente un **criado**, un **crío**, un mocoso indigno de besar de rodillas los mocasines al Amo. La palabra es un don divino, un tesoro dado a los hombres por un Dios escondido o acaso – “*wosallah*” no - una naturaleza envuelta en los pañales de una inmanencia ciega sin ninguna trascendencia. Hoy cualquier recién nacido viene al mundo de las letras en donde se encuentra con palabras ya hechas y derechas o siniestras como “*cibernauta*”, “*metrosexual*”, “*deseo*”, “*libertad*”, “*ojo*”, “*ajo*”, “*porro*” o “*cebolla*”. Pero en los albores del universo del lenguaje no fue así. Los hombres primitivos, fueran o no descendientes de **Sem**, tuvieron que sembrar las primitivas **semillas** de las que brotaron después las raíces de las diversas lenguas aborígenes. ¿Cómo nació la primera palabra? ¿Fue tal vez una exclamación de dolor? ¿Un grito de alegría? ¿Una manifestación de sorpresa o curiosidad? Los hombres nunca logran saber las cosas más importantes que les interesa saber. La ciencia se detiene en los medios y cuando cree llegar al fin introduciendo la pelota en la portería el portero se pregunta para qué sirven las puertas y los cancerberos. Los goles nunca sacian nuestra gula de saber.

Un aire tenue separa el *ser* de la *nada*: el soplo mágico de una garganta. Solamente cuando un ascua del corazón arde e impregna con su luz, calor y sentido latente un **ru(g)ido** se transforma la naturaleza del león salvaje en lenguaje leonés. ¡Hasta los cuescos de los reyes de Castilla, si la *volátil* voluntad del hombre inquiera, pueden hablar a borbotones y confesar los secretos del Estado al oído de los sutiles inquisidores del idioma! El tronco de la genealogía de los nombres, a trancas y barrancas,

se hace tráquea en la flauta humana para dar su vida al barro con la varita del Hada, matar al dragón tragón y hacer un cañón imponente de una frágil caña. Si las *lanzas* se han hecho para ser lanzadas ¿no son *canoras* las cañas (*canna*) cuando las sopla como un vidrio frágil *-flatus vocis* – el flautista? Pero ¡ay! las raíces tiernas de las palabras son *palomicas* blancas, delicadas o delgadas, algodón de azúcar que se deshace disuelto en la boca de todos los siglos venideros como el humo de las nubes deshilachadas en el azul del cielo. Y, sin embargo, no sean los timadores taimados los que nos hagan huir con temor o temblor de las buenas etimologías aunque, como san Isidoro, demos ocasión para hacer sonreír a los monos de los ministerios y de los monasterios y a quienes se frotan las manos pergeñando (o “*giñando*”) el “*plan nuestro de cada día*” con muchos menos latines en la sesera que latas de *birra* bebe un goliardo estudiante letón del programa *Orgasmus*. Vale.

Como sucede con los extremos o últimos rincones del conocimiento – prehistoria, paraíso terrenal, *Big-bang* o Juicio (explosión) final – los científicos desconocen mucho más de lo que conocen. Los caciques de las teorías sustentadas en hipótesis nebulosas son más numerosos que los indios de los datos conocidos con una evidente certeza. La historia de la escritura es apenas de ayer mismo. Cuando las voces arrojadas al aire como octavillas lanzadas desde un avión llegan a manchar con su ceniza gris el papel de las hojas, los viejos cohetes ya se han esfumado tras la estela que deja el humo. Tal vez el primer signo escrito fue el Arco Iris y... ¡dura tan poco en la pizarra!

Tan absurdo es suponer que todos los vocablos nacen de los sonidos de la naturaleza como desconocer que son esos mismos sonidos de la naturaleza el primer material fonético con el que se encuentran los hombres para mascullar los bocetos primitivos de los vocablos originales. Sería una fantasía arriesgada pensar que los *efluvios* o vahos emanados de la fuente de la voz latina “*fluvis*” – como dice Vendryes - se deriven de la liquidez del grupo consonántico /**fl**-/. Ahora bien, ¿podemos afirmar sin más que el ruido onomatopéyico de la gotera monótona (*plú-plú*) es únicamente una reconstrucción mental posterior a la palabra “*pluvia*”?

Hemos tenido ocasión de ver cómo el “*crepitar*” o chasquido de las ramitas carbonizadas – *grafito*, *arañazo* o *grafía* - en la fogata o el fuego interior de una gruta prehistórica podía suponerse como el origen de las voces “*cripta*” y “*scriptura*”. He aquí una teoría etimológica tan verosímil o razonable como indemostrable pues las voces más antiguas de

las lenguas no tienen nunca un acta de bautismo ni testigos auditivos que consignen con un signo escrito en un documento notarial el feliz acontecimiento. La alternativa del buscador de etimologías es no mojarse el trasero en el río o bien correr el riesgo de confundir el oro con el oropel. Las etimologías populares pueden ser falsas desde un punto de vista filológico si bien también pueden alumbrarnos sobre otros aspectos históricos o culturales de la mentalidad de una sociedad que tiene al lenguaje como una propiedad para usar o abusar de ella a su antojo. Las voces son aire que van al aire impregnadas con las aspiraciones etéreas expectoradas por el pecho humano, esa caja fuerte donde se guarda como un tesoro entre costillas las cuentas que se hace a solas el corazón. La ciencia o conocimiento de la etimología de las palabras nos proporciona el trampolín (o la trampa) sobre el que saltar a los fines y caer en los principios del pensamiento. Como recordaba Ortega (*recordar* es volver a pasar la vida por el *corazón*) la filología se dilata en filosofía y la filosofía se contrae en la filología. Pensar es hablar, cargar con el peso y la responsabilidad de responder a todas las preguntas inquisitivas que taladran la mente del único animal que puede caer en la verdadera demencia, que no es otra cosa que la de vivir fuera de uno mismo hablando solamente con sí mismo. En esta obra se dialoga por escrito con muchos autores a los que no se cita explícitamente ni falta que hace para quien conoce alguna letra o el estribillo de la canción. El **logos** es *palabra* y es *razón* y como la lengua se funde y confunde con el revolver de las olas en el mar donde mueren todos los ríos y viven todos los peces sin abrir la boca. Queda por último colgada del ganchudo signo de la interrogación la pregunta esencial lanzada al cesto o la canasta de una papelera: ¿en que **locus** nace el **logos**?

EPILOGO PARA INFIELES

¡A LA PORRA!

[1]

No sabemos muy bien dónde vamos cuando vamos “*a la porra*”. ¿Acaso regalan en dicho lugar churros y *porras*? Tal vez no sea la expresión anterior sino un modo algo brusco y expeditivo de despachar al pelmazo tirándolo, sin ningún empacho, hasta el límite del universo, el coño de la vida, la verja mítica que separa el jardín del Paraíso de los dinosaurios de la Prehistoria. En aquel tiempo (si es que puede llamarse tiempo a ese balbuceo de los siglos) los cavernícolas no se daban aún apretones de mano ni se ofrecían tortas o flores silvestres pero, a cambio de eso, se atizaban o aporreaban con las *porras* y se intercambiaban lindos mamporros como signo de cortesía o pertenencia a la misma manada.

Pues bien, el artículo que aporrean mis manos en el piano del teclado no pretende dar un golpe de mano a la lingüística tradicional para entronizar en su lugar cualquier reyezuelo de paja ahumada con una narizota de zanahoria. Aquí vamos a hablar “*a la pata la llana*” de los golpes vistos desde la perspectiva de la historia de la lengua. De los golpes dados y, por descontado, también de los golpes recibidos. La verdad necesariamente ha de relucir un día soleado y debe tener el valor de salir a la calle con los ojos amoratados por las polémicas entre los eruditos del idioma. Anticipadamente pedimos sinceras disculpas a quienes golpeamos así como nosotros perdonamos a quienes nos golpean. Amén.

Y vamos ya al centro de la batalla dialéctica. Colgaremos ya desde la partida en el pendón de nuestras huestes filológicas el siguiente lema: **“QUE LA FONÉTICA NO SEPARE A LA FUERZA LO QUE LA METÁFORA HA UNIDO”**.

En definitiva: las leyes de la fonética histórica – a diferencia de las leyes de la física – existen para cumplirse o bien quedar en entredicho por motivos humanos, demasiado humanos. Acaso ignorados o inconfesables. A veces dos vocablos de origen muy diverso – América o Europa - se funden como dos gotas de amor resbalando melosas en el cristal para continuar su camino común agarradas de la mano. Bailar pegados es bailar bajo la lluvia torrencial de los siglos que borra todos los senderos y confunde en el barro todas las lindes. Los lingüistas manejan el barrunto de una información cuyas huellas descienden a lo sumo unos seis mil años en la estratigrafía fangosa de las lenguas. ¿Acaso no rebuznaban o se regodeaban con los eructos los hombres antes de la erupción del Etna? Los textos de las inscripciones antiguas nada nos dicen sobre cómo hablaban el latín los nómadas parientes de Agustín, a pesar de que tengamos varios miles de páginas escritas por el primer fraile agustino. Dicho esto, me quedo un poco más a gusto y disculpen el regüeldo con cierto sabor a bilis regurgitada.

Los lingüistas profesionales no saben como hablaba un cordobés como Séneca y... ¿pretenden con osadía inaudita y temeraria conocer siquiera la cáscara rota de la desaparecida fonética de los pueblos “indoeuropeos”? Con frecuencia el “indoeuropeo” viene a ser como el río Grande en el salvaje oeste: una frontera detrás de la cual el *Sheriff* no tiene ya ninguna jurisdicción. ¡Cuántas fantasías pueriles rescatan los psicoanalistas de la razón quijotesca al sumergirse en el inconsciente de la sinrazón irracional que a la razón trae de cabeza con su desvarío!

Parafraseando al poeta castellano diremos también nosotros la copla :

*Dejemos a los indios
que sus frases no oímos
ni escuchamos;*

Vengamos, pues, a lo de ayer porque el ayer – todo ayer- es lo más cercano que tenemos al hoy. “*Ayer es hoy siempre todavía*”. En la poesía de todos los tiempos los sonidos naturales no son más que los despertadores de la ideas del alma. Como decían ayer no más unos millares de poetas anónimos concentrados en un verso de Lorca:

*El jinete se acercaba
tocando el tambor del llano*

Los cascos del caballo, como el casco de la botella o la cáscara del huevo son pensados fonéticamente para cascarsse y romperse alumbrando dentro del huevo la onomatopeya repetida de la velar gutural /K/. El cascarrabias no hace otra cosa que morder o *cascar* con su dentadura postiza la frescura insolente de la juventud enemiga de toda ranciedad.

Y bien: los cascos del caballo al *galope* golpean el tambor de la llanura en la vega fértil y perfumada del Guadalquivir. ¿No se percibe acaso cierta sacudida épica “*al galopar, al galopar ...*”, a lomos de Alberti hacia el mar ...? El *galope* no solo *golpea* la gleba sino que también golpea los yunques, martillos y estribos en los pabellones auriculares y las dos posaderas del veloz caballero al galope. Ciertamente una voz es germana y la otra hunde sus raíces en una palabra griega trasplantada a la lengua latina. Sin embargo, el verso lorquiano establece una misteriosa y subterránea asociación sonora entre las ideas de “*golpear*” y “*galopar*”. La pirámide azteca no es hija natural de la pirámide egipcia pero ambas son hijas de la naturaleza que por medio del animal implume concibe y pare cosas como las pirámides sobre cuyo vértice nos contemplan los siglos de la historia. Del mismo modo un científico inglés, Newton, coincide por caminos diversos con un filósofo alemán, Leibniz, en la creación del cálculo infinitesimal.

Los vocablos que designan ruidos o acciones sonoras, explosivas, atronadoras - ¡es la *bomba!* – suelen contener dentro alguno o varios fonemas oclusivos que trasciben con la lengua la imagen dejada poco antes en el oído por la explosión. Y la raíz sorda del “*golpe*” ensordecido por el paso de los años es /*kolp-*/

Vamos ahora a correr el riesgo de recibir algún duro golpe de los lingüistas de profesión. Traspasamos el Rubicón de la ciencia del lenguaje.

Ahora bien, la etimología (¡cincuenta mil años no son nada!) es una ciencia casi rayana en el arte que solo puede aspirar con humildad franciscana a la mera verosimilitud.

El católico ferviente siente mediante la ciencia infusa inoculada por el catecismo que al decir “*mea culpa*” debe golpearse ritualmente el pecho (otra vez aquí el testimonio de los poetas: “*Cop, cop, cop de destrál, desde el matí fins al final ...*”). Toda *culpa* nos golpea en el pecho con un pesar y todo *culpable* recibe unos “golpes” que compensan el mal hecho y exculpan si no disculpan al culpable. Los curiosos se han “agolpado” siempre en las plazas para ver golpear públicamente a los reos culpables. ¿Y no vemos reaparecer también la misma raíz oclusiva /*kolp-*/ en el cincel del escultor que *esculpe* a golpes precisos la piedra o mármol de la estatua *esculpida* porque golpeada?

Si la voz “*lapsus*”(<*labil*) es el resbalón, la caída, el desliz o error deslizado, el “*colapso*” ¿no es el síncope o la caída más el golpe o bofetón de la caída? Al caer un caballo en la carrera de cuádrigas “*colapsa*” el tráfico de los demás carruajes competidores.

[2]

Tomemos ahora una frase como la siguiente: “*Marco Antonio tiene la carrera truncada*”. Esta oración puede entenderse en un sentido “espiritual” (moderno) y en otro sentido “literal” (antiguo). El primer sentido establece que Marco Antonio tras su derrota no puede ya aspirar a ser el César administrador de cualquier imperio romano. Pero el sentido antiguo nos da la uña y carne de la letra. Una “*carrera truncada*” es una carretera cortada de través por un *tronco* que nos impide el paso. De ahí el significado de “*truncar*” como cercenar o derribar el *tronco*. Y el hombre que se siente “*atroncado*” o adormilado por la fiebre le parece ser un vegetal casi inanimado, un hombre golpeado por el bastón o la porra de un árbol. Si los troncos se truncan, las ramas se desgajan y la “*corteza*” se “*corta*” con el hacha o la sierra dentada que deja – *aserrín, aserrán* - un *serrín* en los maderos de san Juan. *Cortar* o *recortar* es hacer algo más

corto transformándolo con un instrumento *cortante* en unos trozos más pequeños espacialmente. Pero el tronco a la deriva en el río caudaloso también nos “*acorta*” temporalmente el espacio que debemos recorrer en la vuelta del bosque junto al río Tajo. Un atajo como el “tajo” implica siempre el filo del hacha ya sea ésta “herramienta” de hierro o bien de piedra afilada a golpes con otra piedra de silex. Los primeros bisturís o “*escalpelos*” rinden su tributo onomástico a las rocas o peñascos como el topónimo alicantino “*Calpe*.”

[3]

Escalpelo, esculpir, culpa, culpable, “agolpar” o golpear ... son todos vocablos romances que nos remiten a una raíz onomatopéyica /**kolp**-/. El castellano “copa” o el catalán “got” de vino se han fabricado y pulido verbalmente su materia o madera a golpes o “*cops*” del martillo y las virguerías del buril.

Los primeros instrumentos para golpear y tajar los troncos antes de los cuchillos o cuchillas han sido las piedras puntiagudas. La voz latina “**cultellu**” o “cuchillito” nos muestra su raíz *cultural* o cultural, /**Kult**-/. Los sacerdotes primitivos, ya sean de rito católico conceptista o *culteranos*, sacrifican a la víctima animal en el altar sagrado provistos de un cuchillo o “*culter*”. Ese cuchillo corta o siega después la mies o las espigas en la cultura de los campos o “agricultura”. Y si se cultivan las tierras ¿no puede el hombre culto cultivar también su alma y su mente con la cultura según la metáfora renacentista que hace popular nuestro (suyo, vuestro) Vives?

Al progresar la historia de los hombres los caminos se bifurcan en una horquilla y se cruzan en una encrucijada. Las raíces crecen, dan frutos, hijos, higos y hojas que se enredan en una tupida red que oscurece la luz del sol. El lingüista avanza es su pesquisa dentro de un túnel de sombra fresca como un topo a la busca de un topónimo o topógrafo. En la edad de piedra se golpeaba a la piedra y en la edad de los metales se

funden los metales. ¿Es extraño entonces que la raíz /*kolp*/ y la raíz /*Kult*/ tomen sendas divergentes en la historia de la lengua?

“Las palabras vuelan -como la bruja abuela - pero la escritura crece y permanece”. Tal es la opinión razonable de la lingüística tradicional. Ahora bien, los testimonios escritos (arcilla, piedra, papel, tijeras ...) son los cinco últimos minutos del año bisiesto que tiene, como los condenados, un día más en la cuenta. ¿Cómo despreciar el caudal de información desaparecido en toda la historia en la que el hombre gruñe o habla en *roman paladino* con su vecino? Se dirá que precisamente porque ha volado y es por ello – gracias a Dios o al diablo - irrecuperable.

Veamos de cerca el argumento: Tal ley prohíbe en cierto periodo el divorcio y obliga igualmente a los eclesiásticos a la castidad sacerdotal. Bien: ¿no existe o ha existido jamás el adulterio o los monjes libertinos y libidinosos sin una documentación previa que lo avale históricamente? ¿No sirve de testimonio válido la conciencia de la naturaleza humana expurgada y cribada de todos los elementos pasajeros y contingentes de la historia? Podemos juzgar del pasado por el presente si ese presente no es el “hoy” que se escribe en minúscula con una fecha concreta sino el mayúsculo Hoy escrito con la H del Hijo del Hombre.

Pues bien, en todas las épocas de la historia el hombre ha sido poeta, creador de criaturas geniales o simples paridas monstruosas. Cuando el campesino habla del rabillo o “*pezón*” de la pera o manzana tira más el recuerdo de la teta o la mama asociada a la infancia que dos carretas llenas de vocales postónicas encadenadas y camino a la Bastilla académica de un diccionario del Antiguo régimen. Las leyes de la fonética nos sirven de “brújula”, que es una cosa de la ciencia, pero la intuición o arte de adivinar y tener premonición es cosa de brujería que no se enseña en ninguna escuela aunque allí estudie Harry Potter.

Finalmente, para concluir *in artículo mortis*, pondremos un ejemplo clarificador. Se dice que “*dique*” es un vocablo neerlandés y se documenta en el siglo XV su empleo aunque también se apuntan algunos equivalentes en el francés medieval. Pero ¿no puede tratarse de un *revenant* latino que

reaparece bajo el casco mercenario del germano después de llevar sepultado algunos cuantos siglos en el polvo de la historia? Desde antaño los “*dígitos*” o diez dedos – sobre todo el índice - han servido al hombre como tabiques o *diques* para contener la sangre que emana de una vena rota, una tubería herida o un cántaro de agua perforado que canturrea a borbotones. ¿Acaso no indican nada estos indicios metafóricos? “¿Mitos o metáforas?. Si, gracias”.

Al trazar la huella de las palabras el lingüista no debe atender solo a los sonidos sino también a las ideas que resuenan en la mente o fantasía pues éstas ideas, como los mismos sonidos, sonavecillas volátiles cuyo nido casi nunca conocemos y de las cuales tampoco - ¡alabado sea! – sabemos la rama en la que finalmente van a posarse.

